CAPÍTULO VI.

Odio y amor.

Efectivamente, Inés estaba tan cambiada, y durante quince dias dió tales pruebas de caridad para con los pobres y de dulce afabilidad en su casa, que Virgilio se repitió varias veces:

—Es un ángel; tiene razon mi hermano.

Ni un momento se apartó de la cabecera del lecho de Clavellina, la cuidó como una hermana de la Caridad, haciendo con su asiduidad innecesaria la vigilancia de Virgilio, que ya no pudo permanecer tanto tiempo allí.

Sin embargo, Inés le decia al ver sus frecuentes ausencias:

—No me abandones, hermano; entre los dos nos hemos impuesto la tarea de cuidar á esta niña y no te doy permiso para alejarte; y á fé que tengo á mis pobres casi olvidados. Mañana haremos que Javier y Hora-

cio se queden aquí y nosotros iremos á llevar algunas limosnas. ¿Me acompañarás?

—Con mucho gusto; seguiremos practicando á medias la caridad,—contestó Virgilio; pero permite que esta tarde me vaya de caza con mis amigos.

—Concedido; y cuidado con traerme otra romántica pastora,—repuso Inés con dulcísima sonrisa y amenazándole cariñosamente.

De este modo se pasaban los dias en el castillo; Inés asociaba á Virgilio, á sus prácticas de devocion y de caridad, repartiendo limosnas á los pobres, asistiendo á las Flores de Mayo, que ya tocaban á su término; y por último, cuando Clavellina estuvo fuera de peligro y empezó á levantarse, durante la convalecencia, que pudieron dejarla con las doncellas, los acompañó á caza, vestida deliciosamente con un bellísimo traje de amazona, montando con una destreza y agilidad admirable su hermoso caballo tordo, y manejando con la soltura del más afamado cazador una primorosa escopeta.

Con su gracia y su marcial apostura se granjeó por completo la admiracion de todos. D. Javier estaba encantado, orgulloso

de su bella esposa y contentísimo, porque así sabia captarse las simpatías generales.

Enamorada ciegamente de Virgilio, ya se comprende con qué pérfida intencion desplegaba todos sus encantos, poniendo en juego los recursos y los más diestros ardides de la coquetería para fascinarle.

Empero, Virgilio estaba á cubierto de sus seducciones, porque tenia una coraza invulnerable donde se estrellaban todos los dardos, en la nobleza de su carácter y en la generosidad de su alma.

Era tan profunda su hipocresía, que consiguió adquirir en el pueblo el dictado de la buena, la santa, por do quiera la llamaban el Angel de la Caridad, y era, en efecto, la Providencia de los pobres.

Así pasó casi todo el verano; Clavellina estuvo más de un mes en casa de D. Javier sin salir de aquella salita del piso bajo, donde Inés la acompañaba siempre, evitando con el mayor cuidado que Virgilio se quedase solo con ella ni un solo momento; prefería dejar á D. Javier á su lado y se llevaba á su hermano á sus escursiones matutinales por la orilla del rio, ó por los riscos con el álbum debajo del brazo para copiar las vistas más pintorescas, ó bien á ex-

pediciones de caza; pero nunca iban solos: Horacio era de la partida y alguno que otro amigo de confianza.

Mr. Marchand estuvo pocos dias en el castillo, marchándose á Lóndres, y quedando convenidos en que se reunirían todos en París para el invierno. Inés debia formar parte de la caravana, con lo que, al parecer, estaba gozosísima.

El cuadro, representando la caida de Clavellina desde lo alto del risco, le tenian casi concluido; Horacio se encargó de los retratos, habiendo salido el de Clavellina de un parecido admirable. El de Virgilio tambien era una obra maestra.

El jóven francés habia desplegado en aquella obra una inteligencia de primer órden, esmerándose en los detalles y en la terminacion del lienzo, que, depositado en el salon de honor del castillo, debia perpetuar el suceso como asimismo su estancia en Villacierzo, que creyó ser pasajera, y se iba prolongando indefinidamente.

Hizo algunas reproducciones del retrato de Clavellina, á la que miraba con especial cariño, porque tenia la jóven un parecido admirable con una señora á la que profesaba un culto especial, casi sagrado. Muchas

veces le sorprendieron sus amigos completamente enagenado, contemplando el retrato de la dama misteriosa y el de la linda serrana, que llevaba juntos en una cartera, de la que no se apartaba jamás.

Así que se concluyó el cuadro, Clavellina, que no estaba contenta con la especie de reclusion y aislamiento en que Inés la tenia, pidió permiso para marcharse á su casa.

Inés tuvo con esto una alegria inmensa, pero no se atrevió á concederle por sí sola.

—¿Pues qué mal estás aquí?—la preguntó.

—Ya he molestado á Vds. bastante,—contestó la hermosa niña ruborizándose,—y necesito ir á mi pobre choza para cuidar mis cabras, mi vaca y mis gallinas que están confiadas á la bondad de una vecina.

—Bien, díselo á los señoritos que han sido tus protectores; yo por mi parte no me atrevo.

Clavellina volvió á ponerse encendida como la grana y manifestó terminantemente que se marcharia aquella misma tarde.

Ante una resolucion tan manifiesta, Inés los mandó llamar, y como era natural se opusieron diciendo que estaba muy delicada todavia; pero aunque la niña era débil y tími-

da, en esta ocasion su voluntad fué inquebrantable y partió segun habia dicho.

Inés, que vió dispuestos á acompañarla á Virgilio y Horacio, y fiel á su sistema de no dejarlos solos con ella, mandó enganchar un carruaje y propuso que fueran todos; lo que les serviria de paseo.

Instantes despues montaban en un ligero carruaje de dos caballos que solia guiar Inés, pero esta vez tomó las riendas Virgilio, y se dirigieron á la cabaña de Clavellina.

No estaba muy léjos del castillo la modesta vivienda de la jóven convaleciente; pero sí lo bastante para que la fatigase el hacer á pié la travesía, teniendo además del largo trayecto una elevada pendiente hasta llegar al valle, en cuyo fondo y á la orilla de un jugueton arroyuelo, se alzaba la pequeña casita rodeada de árboles.

Las tapias que cercaban la huerta estaban caidas y las gallinas, la vaca y las cabras, seguidas estas de sus blancos cabritillos, entraban y salian con entera libertad.

Cuando el carruaje se detuvo á la puerta, saltó ligeramente Clavellina y corriendo hácia la huerta, donde la siguieron Inés y los dos amigos, exclamó desolada juntando las manos:

—¡Dios mio! ¡qué abandono! pero ven ustedes cómo me han dejado sueltos á estos animales y se han comido todas las hortalizas y todas las flores, ¡ah! ¡qué pena! por estar las tapias caidas.

Y la niña verdaderamente afligida ante aquel desastre, rompió á llorar, juzgándolo una desgracia inevitable.

Un chiquillo, hijo de la vecina que cuidaba la casa, corrió á avisar á su madre, que estaba lavando en el arroyo.

En tanto Inés daba la vuelta á la huerta, atravesó el establo y entró en la casita, inspeccionándolo todo con suma curiosidad.

Un hermoso mastin negro, con ojos vivos y penetrantes corrió hacia la jóven dando saltos y haciendo mil extremos de cariñosa alegría, celebrando á su manera el regreso de su jóven ama, la que por su parte recibia gustosa las caricias del inteligente animal y se las devolvia con cariño infinito, como si hubiera sido á una persona muy querida.

—¡Leal! ¡querido leal! tú te vuelves loco; —le decia, y luego volviéndose hácia los señores del castillo exclamó con lágrimas en los ojos:—Es mi compañero, mi fiel guardian, el único amigo de mi soledad, que siempre me quiere y no me abandona nunca.

—¿Y no tienes miedo de vivir aquí sola? —la preguntó Inés, sentándose en un banco que habia á la puerta de la casa á la sombra de un emparrado.

—¡Miedo! ¿y de qué? Ya vé V.; mi pequeño ganado ha estado solo en ese establo casi caido, donde cualquiera puede entrar y salir y con seguridad no me faltará ni siquiera un pollo. En este pueblo todos me quieren y no temo á los ladrones ni á los malhechores: —dijo la jóven con entera confianza.

—Mucha seguridad es;—contestaron los jóvenes.

Clavellina sacó sillas, porque no quisieron entrar en la casa y se sentaron á la sombra del emparrado.

—¡Qué bonita vista se disfruta desde aquí! —le dijo Horacio; será preciso trasladarla á mi album, y voy á llevar á París una coleccion preciosa.

—Lo bonito en este valle, es la salida ó la puesta del sol,—añadió Virgilio. Inés fué de su opinion.

Despues de un rato de conversacion, convinieron los tres en que era necesario levantar la cerca de la huerta y dejar el establo y la corraliza independiente para el ganado, á fin de evitar á la pobre Clavellina otro dis-

gusto como el que acababa de recibir por la pérdida de sus hortalizas y de sus flores.

—¡Ah! cuando yo estoy aquí, no sucede nada de eso, porque me llevo lejos, allá junto al rio, á estos animales y por la noche los encierro; pero esta pobre gente no se ha cuidado de eso; y vean Vds. qué desolacion: hasta las parras estas que dan sombra á la casa, tienen ya señales del diente de esas cabras que todo lo destruyen.

El llanto de Clavellina corrió de nuevo y los ofrecimientos de levantar las tapias se renovaron, con lo cual volvieron los jóvenes á montar en el carruage, y despidiéndose de Clavellina, se marcharon á paseo atravesando el pueblo.

Virgilio volvió á apoderarse de las riendas, lo que Inés no tuvo á bien tolerar por segunda vez; y reclamando su derecho exclamó con tono festivo:

—Vengan esas riendas, que ahora guío yo.—Virgilio rechazándola contestó riéndose:

—Pues no faltaba más; para que nos vuelques, tienes pocas fuerzas y vamos á entrar en esas calles que son endiabladas. Mira, Horacio, ahora que haces de lacayo, cuida no suban los chiquillos á la trasera, que me

incomoda mucho llevar colgantes, y en este Villacierzo son muy estúpidos.

Las calles del pueblo eran verdaderamente infernales, con un empedrado tan desigual, que el frágil carruaje estuvo para romperse más de dos veces.

—Siempre serás tú el que nos vuelques, —decía Inés á Virgilio;—y si no me dejas, no salgo más á paseo contigo.

—¡Sí!... Pues me alegro; es una encantadora amenaza que deseo ver realizada, y al efecto no te las doy;—dijo Virgilio riendo.

Inés se mordió los lábios con despecho. La intimidad entre los dos jóvenes habia llegado, como se vé, al más alto grado.

—¿Con que no te importa mi amenaza?— preguntó Inés, procurando echarlo á broma.

—Ni tú eres capaz de llevarla á cabo; parece como si el confesor te hubiera impuesto la penitencia de ir siempre con nosotros, y no nos dejas un minuto ni á sol, ni á sombra.

Virgilio, aunque en tono festivo, dijo estas palabras con marcada intencion; porque efectivamente, Inés, por no dejarle solo con Clavellina el tiempo que esta permaneció en el castillo, se impuso la tarea de acompañarlos siempre, lo cual era enojoso á veces

para los dos amigos que deseaban su libertad, sin que se hubieran permitido la menor palabra sobre ello, hasta que esta broma, picando á Inés en su amor propio, la hizo ponerse primero encendida y luego pálida.

—¿Lo dices de veras, hermano?—preguntó muy séria.

—Con todo mi corazon;—contestó Virgilio riendo todavía, no creyendo ofenderla.

Inés se calló.

El carruaje continuó aún rodando un rato por las mal empedradas calles de la aldea. Atravesaron una plazuela de árboles pasando por delante de una casa de gran apariencia, con la fachada muy blanca, que formaba notable contraste con las de piedra muy negras que la rodeaban.

—Déjame aquí;—exclamó Inés, deteniendo el brazo de Virgilio para que parase los caballos.

—¡Vaya!... ¡Una visita!...—exclamó éste de mal humor.

—No te asustes; es que me quedo en casa de mi tio;—repuso la jóven, que continuaba muy séria;—podeis marcharos, y me mandas el carruaje al anochecer con un criado.

—¡Ah! Eso es otra cosa;—y paró los caballos.

Horacio echó pié á tierra, la dió la mano para bajar y luego el brazo hasta la puerta de la casa, donde la dejó en compañía de algunas señoras que habian salido al ruido del coche.

Horacio volvió á montar, y ocupando al lado de Virgilio el sitio de Inés, arrancaron los caballos á un trote largo por una calle de árboles que conducia fuera del pueblo.

—Libres ya los dos amigos de la constante vigilancia de Inés, dieron la vuelta al pueblo por los alrededores y tomando otra vez el camino que conducia á la cabaña de Clavellina se detuvieron á la puerta.

La jóven, que estaba en el interior arreglando su cuartito, salió al momento, y ya se encontró con Virgilio que entraba en la cocina.

La casita estaba distribuida del siguiente modo:

Una cocina grande donde estaba la puerta de entrada, á la izquierda una salita baja con dos ventanas sin reja, una alcoba grande con ventana al huerto. Volviendo á la cocina, á la derecha habia un cuartito alegre y espacioso con luces al medio dia; desde la ventana se descubria el castillo.

En esta habitacion dormia Clavellina: por

otra puerta situada cerca de la chimenea se entraba á un portalito pequeño y luego á la cuadra que, como hemos dicho, tenia las tapias caidas, al gallinero y despues á la huerta.

El mobiliario de la modesta vivienda era muy pobre, mesas y asientos de pino y algunos cacharros de barro. La cama de Clavellina muy sencilla y cuatro sillas de paja que adornaban la sala, eran toda la riqueza de la jóven campesina.

—¿Qué trae V.? señorito Virgilio; ¿se les ha olvidado algo?—exclamó la jóven sorprendida al encontrársele frente á frente.

—No, es que vuelvo para decirte...

—¿Y la señorita?—dijo vivamente Clavellina interrumpiendo al jóven.

—Se ha quedado en casa de sus tios. Como no hemos pensado en dejarte dinero para que atiendas estos primeros dias á tus necesidades hasta que estés buena del todo, he venido á traértelo.

Virgilio echó mano al bolsillo.

—¡Gracias!—exclamó la joven deteniéndole;—no necesito nada, tengo algunos ahorrillos.

—Y no debes quedarte sola estando delicada todavia, te mandaremos una criada.

—No señor; no, por favor; yo agradezco muchísimo el interés que tiene V. la bondad de demostrarme; pero no quiero, ni debo molestarles más.

—Y Clavellina pintándose en su hermoso y pálido rostro la más viva contrariedad, juntaba las manos en ademan de súplica.

—No es molestia; no debes estar sola.

—Si no lo estoy; tengo aqui esa vecina con su marido y su hijo que han cuidado la casa durante mi ausencia.

—Entonces te mandaremos provisiones.

—¡Ah! por piedad, señor, no me abrumen Vds. más con sus bondades; de nada necesito,—insistió Clavellina, acercándose hácia la puerta de la calle.

Horacio estaba recostado en los almohadones del coche con la fusta en la mano y los ojos clavados en el interior de la cabaña.

Cuando apareció Clavellina en la puerta, el simpático rostro del jóven francés, antes ceñudo, se iluminó con una sonrisa benévola y espresiva.

Virgilio, vivamente contrariado, apareció detrás de Clavellina.

—Adios, pues, hasta mañana;—dijo Virgilio.

—Vayan Vds. con Dios; muy buenas

tardes, señoritos, y mil gracias por todo; les estoy reconocidísima,—añadió Clavellina despidiéndolos.

Virgilio montó en el carruaje, y tomando las riendas de manos de Horacio, dió un latigazo á los caballos, que arrancaron á escape con direccion al castillo.

Clavellina, cuando los perdió de vista, entró en su casa, cerró la puerta, y anegada en llanto fué á arrodillarse ante un pequeño crucifijo, que tenia en su cuarto en un sencillo altar, formado con un cuadro que representaba la vírgen de la Concepcion.

—¡Santa madre mia!—exclamó elevando las manos en ademan de súplica;—sé tú mi amparo, mi protectora, mi guia; intercede con el Divino Redentor y padre nuestro, para que no me vea en la angustiosa tribulacion que presiento. Inés me tiene un ódio profundo, y Virgilio un violento amor; ¡ay! ¡pobre de mí! ¡colocada como frágil juguete entre dos pasiones borrascosas! ¡El ódio de una mujer poderosa, el amor del hombre á quien ella ama! ¡Ampara, Señor, á esta infeliz!

CAPÍTULO VII.

Locura de amor.

Clavellina estaba dotada de un talento natural muy claro y despejado, y no pudo escaparse á su penetracion que Inés la retuvo en el castillo como prisionera, no permitiéndola salir de aquella sala baja, y con el pretesto de cuidarla, vigilando contínuamente sus menores acciones y las de Virgilio.

Con esa perspicacia, propia de la mujer, descubrió el secreto que con tanto cuidado guardaba Inés en el fondo de su pecho, su amor á Virgilio, ó más bien su empeño, el empeño de su egoismo y de su orgullo, que más bien pudiera calificarse así á aquella pasion desesperada, que no amor. Inés no podia amar, en la verdadera acepcion de esta palabra.

El amor verdadero es un sentimiento purísimo, todo abnegacion, todo ternura.

Y lo que sentia Inés era un volcan, un fuego terrible, el de la más satánica soberbia, saturada de un capricho amoroso.

La inocente Clavellina, que era noble y buena, y llevaba en su alma de ángel la intuicion del bien, comprendió con admirable instinto cuál debia ser su papel en aquella casa, que era de los dos hermanos, ó por mejor decir, la mayor parte de los bienes pertenecian á Virgilio, que los habia heredado de su madre, y se mostró agradecida con todos; pero espresando más bien su gratitud á la dueña de la casa, que tan solícita se mostraba en obsequiarla. Cuando en medio de aquellos obsequios descubrió el móvil que la impulsaba se aterró, y ya su único afán fué verse sola y tranquila en su apacible morada.

Inés la vió marchar con alegria; pero aquella misma tarde debia esperimentar la primera nube; el humor de Virgilio cambiaba ostensiblemente, como si la proximidad de Clavellina le hubiera hasta entónces sostenido en los límites de una dulzura inefable.

Todos los sentimientos de la esposa de don Javier estaban empeñados en una batalla; queria á todo trance triunfar en el corazon de Virgilio, y para conseguirlo empezó por

disfrazar sus deseos, procurando conquistarse primero su aprecio y más tarde su amor, si la era posible.

Toda fingimiento y estudio, se mostraba la esposa más dulce, más cariñosa, más sumisa, y sin embargo odiaba á su marido.

D. Javier, hombre pacífico, de carácter inofensivo y franco, sin ambicion, sin deseo ninguno de figurar, sin más afan que vivir y morir en la feudal residencia de sus antepasados, no era el hombre que la convenia; no era su ideal.

Ella habia soñado desde la niñez con la gloria, con los honores, con ser una reina y tener una semi-corte que la rindiese acatamiento, y su marido sólo podia proporcionarla el vasallaje de sus colonos, pacíficos labriegos y pastores, á quienes aborrecia tanto como á su marido.

Vivir en Villacierzo era para la orgullosa jóven la más cruel de las agonias; y vivir sujeta á un hombre á quien no amaba, mucho peor aun.

Su disgusto creció con el acuerdo de los dos hermanos, que resolvieron ya que Virgilio estaba en España y tenia su carrera concluida, que se presentase candidato para la diputacion á Córtes en las próximas elec-

ciones, por el distrito que habia representado otras veces D. Javier.

El carácter de Virgilio, activo y emprendedor y su gran inteligencia le hacian más apropósito para la política, enlazándose con este pensamiento la idea de que llegase á efectuarse su enlace con una marquesa antigua amiga de la familia.

Inés sabia este proyecto que la desesperaba, y como contrariaba los suyos, pensó en oponer solapadamente los medios de destruirle. Pero en vano trabajó con toda su alma para impedirlo, haciendo prodigios de habilidad y de destreza, que se estrellaban ante la inflexible firmeza de Virgilio, que ménos blando que su hermano no se dejaba dominar tan fácilmente.

D. Javier, que no tenia ambicion, sólo deseaba la tranquila paz de su aldea, y su hermano, jóven lleno de ilusiones y entusiasta por la gloria, se empeñó en ser diputado llevando al concurso de esta idea todas sus fuerzas.

De tal manera luchó y sufrió Inés en unos cuantos meses por conseguir el logro de sus intentos que cayó enferma; tenia fiebre continuamente y se pasaba las semanas enteras sin salir de su cuarto.

El verano caminaba á su término y á principios de otoño debian celebrarse las elecciones.

Virgilio trabajaba en su distrito, visitando á sus electores y conquistándose votos, sin descuidar por eso los intereses de su corazon. Mientras que por un lado dejaba que su hermano abrigase el proyecto de casarle con la marquesa, por otro hacía el amor á la pobre Clavellina, que le rechazaba constantemente, y no habia vuelto á poner los piés en el castillo.

Empero crecía su empeño al verse desdeñado con firmeza y energia impropia de una niña inocente y sencilla, y empezaba ya á impacientarse.

Horacio, confidente pasivo de estos amores, amaba tambien á la jóven gitanilla, que sabia hacerse simpática para todos; pero guardaba este sentimiento en el fondo de su pecho por no ofender á su amigo.

Sin embargo, era distinta la inclinacion que sentia por la jóven Clavellina.

Horacio la amaba como á una hermana, con la dulce sencillez de un corazon fraternal; cuando sin darse cuenta de lo que sentia por ella, queria calificar aquel sentimiento, interrogando su conciencia, la encon-

traba muy tranquila, sus intenciones no podian ser más benévolas; la amaba sinceramente; pero no la hubiera hecho su esposa ni tampoco su querida, y se irritaba poniéndose furioso, de tal modo que la hubiera emprendido á estocadas con Virgilio, cuando este le manifestaba su clara intencion de seducir á la pobre niña, que no tenia en el mundo más amparo que la pública caridad.

—Yo seré su protector—esclamaba el noble Horacio indignado,—yo la defenderé.

Y procuraba con todo su ser apartar á Virgilio de aquel pensamiento infame, que no podia comprender en un hombre tan generoso como Virgilio.

Empero éste que se hallaba en el período álgido de su pasion, queria triunfar á toda costa de los obstáculos que le impedian satisfacerla y no reparaba en los medios.

Todas las mañanas, en cuanto el sol aparecia en el horizonte se levantaba, se echaba al hombro la escopeta y el morral de caza, y seguido de sus perros, se salia al campo; Horacio, poco más ó ménos á la misma hora, iba á su cuarto y no encontrándole, ya sabia donde estaba. En la cabaña de Clavellina.

Inmediatamente se marchaba á buscarle, muy sentido de que no le hubiera llamado; pero la escena se repetia siempre.

Cuando Horacio llegaba al valle solia encontrarlos sentados á la orilla del arroyo, donde Clavellina llevaba á pastar su corto ganado; iba á reunirse con ellos, y sin más que mirar al rostro de Virgilio comprendia los adelantos que hacía en su empresa de seduccion.

Pasaron semanas y meses enteros, y siempre encontró ceñudo y sombrío el entrecejo de su amigo, y dulce y tranquilo como el de un ángel el bellísimo semblante de Clavellina.

Sus amores no habian dejado de ser platónicos.

En esto llegó el otoño; se verificaron las elecciones y Virgilio fué elejido diputado.

Próximo á marchar á Madrid para tomar asiento en el Congreso, se presentó de improviso una tarde, contra su costumbre, en casa de Clavellina.

La bella jóven, seguida de su perro, acababa de llegar del campo con su cesta llena de yerbas salutíferas y se quedó sorprendida al ver á Virgilio, coloreándose sus mejillas con un vivo carmesí.

—¡Ah! ¿V. aquí?—murmuró con entrecortado acento.

Y colgando su cesta en la ventana fué á sentarse en el banco de piedra que habia junto á la puerta debajo del emparrado.

—¿Vienes muy cansada?—la preguntó Virgilio, sentándose á su lado.

—Mucho, sí señor; quedan ya pocas yerbas en el campo, y he tenido que recorrer todo el término para llenar esa pequeña canastilla.

—Y el invierno cuando no las hay, ¿qué haces?

—Labores de aguja, puntillas para guarnecer enaguas y juegos de cama.

—Y eso, ¿te produce mucho?

—Lo bastante para sufragar mis gastos de vestido y alimentos; además, con la leche de mi vaquita y la de las cabras, hago un par de quesos todos los dias y los voy á vender al pueblo, juntamente con los pollos y los huevos que abundantemente me regalan mis gallinas. ¡Ah! Crea Vd., señor, que no me falta nada; soy muy rica; aún me queda de mis ahorrillos para pagar á la maestra, que me dá leccion de labores, y de lectura y escritura. ¡Ah! Y si viera Vd. qué progresos hago... Ya he leido el Quijote, y ahora me

vá á prestar el señor cura el Año Cristiano, que, segun me ha dicho, tiene todas las historias de los santos y son muy bonitas.

—Ya lo creo; y yo tambien te traeré algunos libros, si me lo permites, porque tan conforme estás con tu suerte que jamás admites mis ofertas, disgustándome muchísimo, pues veo un desaire manifiesto en esa tenacidad tan constante de rehusar mis obsequios.

—Siento que lo crea Vd. así; pero no admito, ni admitiré nunca sus ofrecimientos.

—Permite al ménos que mande levantar las tapias que cercan tu pequeña posesion, y que hagan algunos reparos en la casa; ya ves, como los techos son de zarzo, cuando llueve caerá el agua dentro, y á pesar de todas esas riquezas de que blasonas, no puedes hacerlo por tí misma. Te lo ofrecimos hace tiempo; déjame cumplirlo.

—Nó, nó; muchas gracias, señorito; de usted no admito nada; la señora me lo ofreció, es verdad, el dia que me acompañaron aquí convaleciente aún de mi caida; pero olvidó sin duda su promesa, y no quiero ni debo recordarlo, ni admitirlo de Vd. Con las tapias caidas he vivido hasta ahora; lo mismo puedo seguir en adelante.

Virgilio se levantó impaciente, y se puso á pasear con los brazos cruzados á la espalda.

La firmeza de aquella niña tan tímida y tan débil, le causaba asombro y le irritaba al propio tiempo.

Era ya más que amor un empeño fatal el que le hacía amarla.

Una simpatía poderosa, irresistible, un encanto magnético le impulsaba hácia ella, no hallando fuerzas ni voluntad en sí mismo para arrancar de su alma aquel afecto avasallador y vehemente.

Hacía ya muchos meses que tenia bloqueada aquella plaza, segun decia en tono de broma á su amigo; plaza que juzgó indefensa y débil y que se le presentaba inespugnable. Ya cansado de aquella lucha, herido en su amor propio y verdaderamente apasionado, se decidió á usar la violencia, viendo que era ineficaz la seduccion de su cariño y las grandes ofertas que le hacia continuamente.

Clavellina le miraba á hurtadillas, bajando los ojos cuando Virgilio volvia hácia ella en los cortos paseos que daba por delante de la puerta de la casa.

Las manos de la jóven acariciaban la in-

teligente cabeza del hermoso mastin que no se apartaba de su lado, como si él hubiera sido su único defensor, su solo apoyo en la angustiosa situacion que la rodeaba.

Despues de un largo intervalo, Virgilio volvió á sentarse junto á Clavellina y cogiéndole una mano la preguntó con voz conmovida:

—Clavellina; ¿pero es verdad que no me amas?

La pobre niña sintió estremecerse su corazon dentro del pecho; sus ojos se llenaron de lágrimas y no contestó.

—¿No me respondes? ¿serás siempre insensible á mis ruegos? ¡Ah! tú no sabes cuánto te amo; estoy loco, loco de dolor, y ya no puedo soportar más tiempo esta locura inestinguible que abrasa mi pecho. Mañana me marcho á Madrid y Dios sabe cuándo volveremos á vernos; déjame llevar siquiera una esperanza.

El acento y la mirada suplicante del jóven conmovian tan profundamente á Clavellina, que estaba deshecha en llanto, y no acertaba á pronunciar una frase.

Virgilio conservaba entre las suyas la pequeña mano de la jóven y se atrevió á llevarla á sus lábios; pero Clavellina retirándola

vivamente, exclamó con acento lastimero:

—Por piedad, señorito Virgilio, deje V. de atormentarme; mil veces me ha manifestado su amor y mil veces lo he rechazado, porque no puedo ser suya.

—¿Y quién lo impide?

—Mi voluntad, señor; mi voluntad.

—¡Qué cruel eres, Clavellina!

—Todo el pueblo me quiere y me respeta, porque he permanecido honrada y digna: este aprecio hace mi felicidad, no quiera Vd. arrebatármela; no pretenda Vd. arrojar sobre mi frente la marca de la infamia.

Y el llanto de la jóven volvió á correr con nueva fuerza.

—¿Pero me amas?—insistió Virgilio con voz insinuante, abrasando á la pobre niña con el fuego de sus ojos.

—Y bien, si; le amo á Vd. De la gratitud dicen que nace el amor y yo le debo la vida; le amo, pues, sépalo por primera vez;—exclamó la jóven en un arranque impetuoso que no fué dueña de contener.

—¡Ah! ¡gracias! ¡gracias!— murmuró Virgilio con un grito del alma, pretendiendo apoderarse otra vez de la mano que la jóven le rehusaba.—¡Ya soy feliz!

—No cante V. victoria; pues de nada le

servirá este amor, hijo puramente de la gratitud.

—Amándome tú, serás mia.

—Jamás; seria capaz de arrancarme á pedazos el corazon antes que manchar con una debilidad mi reputacion inmaculada.

—¡Vida mia!—gritó el jóven con tiernísimo acento, pretendiendo abrazarla.

Clavellina le rechazó con un soberbio ademan, lleno de dignidad y de gracia.

—¡Atrás! ya que conoce V. mi cariño huya de aquí, y déjeme vivir en paz.

—¡Dejarte! ¿ahora que me amas? imposible; tú vienes conmigo á Madrid; yo me marcho mañana al amanecer ó finjo marcharme; pues á las doce de la noche, cuando las tinieblas rodean este valle, vendré á buscarte y te llevaré sobre mi caballo, en mis brazos y acostada en mi pecho á un sitio seguro, lejos de aqui, donde serás mi reina, mi amor, mi encanto.

—¡Nunca! ¡nunca! ¡ah! ¡no por piedad! —exclamaba la jóven juntando las manos en ademan de súplica.

—Viviremos en un paraiso...

—En un infierno; el amor de V. sería entonces mi desesperacion eterna, y el que yo le profeso, dulce y purísimo, se trocaria en

un horror infinito. Marche V. á su destino y déjeme solitaria y tranquila en este valle, donde alzaré fervientes votos por su dicha.

—No te dejo, no; adios, Clavellina; hasta mañana; espérame á las doce de la noche.

Y Virgilio con un cariñoso signo de despedida se alejó, internándose en la calle de olmos que conducia á su casa.

Clavellina se metió en la suya cerró la puerta, y como de costumbre fué á hincarse de rodillas en el altar de la Purísima, pidiendo fuerzas á la inmaculada señora para soportar aquella lucha que acababa con su vida.

Más de dos horas permaneció en esta actitud, conociéndose por el movimiento de sus lábios su fervorosa oracion. Despues se levantó más tranquila, y apagando la luz de la lamparilla se acostó vestida sobre la cama.

A poco dormia profundamente; pero al amanecer estaba de pié. Hizo un lio con sus ropas y algunos efectos que colocó en la espalda y salió de la casa cerrando la puerta con llave. Leal la siguió.

Paso á paso y muy fatigada al parecer por el peso de sus emociones, empezó á subir la cuesta que conducia á Villacierzo, y se detuvo á la entrada de la primera calle delan-

te de una casa de pobre apariencia, que estaba guarecida por la sombra de una magnífica higuera.

Una mujer salió de la casa, y abrazando cariñosamente á la jóven esclamó:—¡Cómo por aquí, querida Clavellina.

—Vengo á que me dé V. hospitalidad por unos dias. ¿Querrá V. recibirme, querida señora Maria.

—Con mucho gusto; pero ¿y tu casa?

—Tengo allí un miedo horrible; esta noche no he podido dormir ni un momento, pensando en una partida de bandoleros que dicen anda por los alrededores del pueblo, y aquí me vengo. Ayudaré á V. en sus tareas y seremos dos para cuidar de su pobre marido ciego y de sus hijitos,—dijo Clavellina descargándose del envoltorio que llevaba.

—Cuánto te lo agradezco, hija mia; ¡ay! ojalá te dé la idea de quedarte conmigo todo el invierno. Nos traeremos aquí tus animalitos para que no te los roben, y mi Pascasio irá á llevarlos á pastar al valle.

—Convenidos, querida amiga.

Con esta determinacion la honrada jóven se ponia á cubierto de las persecuciones de Virgilio, que habia llegado á ese grado de locura amorosa imposible de contener.

CAPÍTULO VIII.

La fiesta.

Virgilio, como ya hemos dicho, tenia que marcharse á Madrid para tomar asiento en las Córtes.

La víspera por la noche, es decir, el mismo dia en que manifestó á Clavellina la resolucion de llevársela, habia en el castillo una gran fiesta para solemnizar la eleccion del jóven diputado.

Se obsequiaba con un espléndido banquete á los electores más influyentes del pais, y despues baile y concierto, al que asistian las principales familias de Villacierzo, y las de los pueblos circunvecinos.

Inés debia hacer los honores de la casa y quiso escederse á sí misma, deslumbrando á todos con su hermosura, su elegancia y sus gracias.

Encerrada en su tocador desde muy temprano con su doncella favorita Lucía, estaba

ya dando la última mano á su *toilette* cuando sonó la campana que llamaba á la mesa, anunciando la hora de la comida.

Inés se habia vestido de la manera más sencilla y elegante.

Llevaba un traje de terciopelo negro, adornado con encages. Un precioso aderezo de coral, realzaba la blancura de sus brazos y de su pecho. El cabello partido por mitad lo llevaba suelto, formando bucles y entrelazados con vueltas de corales.

Como era blanca y rubia, el color negro y encarnado la sentaba admirablemente.

Apenas oyó la primera campanada, tomó el abanico que la presentaba Lucía y colgándosele á la cintura, salió del gabinete, dirigiéndose hácia una escalera de servicio que habia en el cuarto de D. Javier y bajó al salon del primer piso, que estaba inmediato al comedor grande, donde se hallaban ya reunidos todos los convidados.

Virgilio se adelantó á darla el brazo y pasaron al comedor, porque sólo á ella esperaban. La comida no hay para qué decir que fué todo lo espléndida que debia ser en semejante casa y por el objeto que la motivaba.

Reinó la animacion y la alegría; hubo bríndis y discursos, y mil plácemes para

los opulentos anfitriones, mezclados con las galanterías naturales á la bellísima Inés.

Esta se levantó apenas sirvieron los postres, y pasó al salon inmediato, donde debia servirse el café, á recibir á algunas señoras que iban llegando. La música, que estaba en el ancho pórtico de columnas, amenizando el banquete con sus armonías, recibió la órden de tocar aires nacionales, lo que fué recibido con grandes aplausos por aquellas cabezas que empezaban á calentarse con los vapores de los vinos y la alegría de la mesa.

Las señoras tambien aplaudieron, y la animacion empezó más pronto de lo convenido.

El elemento jóven de la reunion dejó á los políticos en la mesa, y se trasladó al salon á servir el café á las señoras. Entre ellos estaba Horacio, que detestaba la política y era más galante que Virgilio.

Los dos hermanos, dueños de la casa, hablaban de la batalla electoral, y de lo reñida que habia sido la eleccion, triunfando al fin por un sinnúmero de votos la candidatura de Virgilio. Mucho esperaban del jóven diputado en favor del país, y así se lo espresaban sus electores.

Serían las nueve de la noche, cuando los

salones del piso principal, magníficamente alumbrados, estaban ya llenos de señoras y caballeros. Las muchas familias que de los pueblos inmediatos habian ido á disfrutar de la espléndida fiesta, y casi todas las señoritas de Villacierzo lucían trajes nuevos que habian encargado á Madrid para aquella noche. Pero ninguna era tan bella, ni estaba tan elegante como Inés. Así se lo manifestaron diferentes personas, y hasta su esposo la felicitó, contemplándola orgulloso y con extraordinario cariño.

Unicamente Virgilio pareció no reparar en lo que todos celebraban. La dió el brazo para llevarla al comedor, sin fijarse en ella siquiera, y creyendo con este acto de galantería cumplidos los deberes fraternales, no volvió á mirarla en toda la noche. Es verdad que le preocupaba mucho su pasion por Clavellina, y le distraian tambien sus electores, de los que no se apartaba un minuto, colmándolos de atenciones, siquiera fuese para pagarles el voto con que le habian honrado.

Inés se desesperaba por aquella glacial indiferencia, que nunca pudo alterar con los recursos de su coquetería y de su astúcia. ¿De qué la servian sus esfuerzos por

parecer bella, si el único hombre á quien deseaba agradar no la miraba?

En un intermedio quemaron en la plaza del castillo unos bonitos fuegos artificiales, que el mayordomo tenia preparados.

Todas las señoras salieron á los balcones, y Virgilio con sus amigos permaneció en el piso bajo, mirando los fuegos desde las rejas sin subir arriba.

Terminó el baile, y tampoco subió.

La irritacion de Inés crecia por momentos.

—¿Pero qué hace tu hermano?—preguntó al fin á D. Javier.—¿Qué dirán estas señoras, que ni en el baile ni en el buffet se ha dignado presentarse á obsequiarlas, cumpliendo con los deberes que la galantería le impone?

—Tienes razon; está ya mareándole la política; voy á llamarle,—dijo D. Javier.

—Sí; para que las despida siquiera; que ya se van muchas retirando.

Inés, separándose de D. Javier, que se dirigió á buscar á su hermano, acudió á despedir á las señoras que se marchaban.

Cuando subió Virgilio, era ya el círculo muy reducido.

—¿Pero, hermano, qué desdeñoso estás,

no nos haces caso!—le dijo Inés en tono de reconvencion.

—¡Como son tan bonitas estas lugareñas!—murmuró en voz baja Virgilio, de modo que sólo Inés lo oyó.—¡He visto bajar unas fachas!

—¿Y yo soy tambien facha?—exclamó Inés.

—Tú estás feísima esta noche con ese hábito negro;—repuso Virgilio, siguiendo su broma, y sin mirarla siquiera.

Inés se puso pálida como un cadáver; todas sus ilusiones se desvanecian, y devorando sus lágrimas se dirigió hácia una señora muy elegante, que tambien llevaba vestido de terciopelo negro y aderezo de coral.

—¿Quién es esa?—le dijo Virgilio tirándola del vestido, antes que la otra se acercase.

—La viuda del juez;—contestó Inés maquinalmente.

—¡Ah! pues me gusta mucho; es la más guapa de todas.

—Pues lleva como yo, hábito negro;—dijo Inés.

—Es que me muero por las viudas; las casadas sois insoportables; voy á invitarla

para un wals; ¡es deliciosa!—y Virgilio se dirigió hácia ella.

Inés creyó morirse de rábia. Los pedazos del pañuelo de batista que tenia entre sus manos empezaron á caer en menudos fragmentos por la alfombra del salon.

—He mandado ya retirar la música;—dijo, queriendo interponerse con ademán de cólera.

—No importa, llámala; no he bailado yo, y quiero dar una vuelta con esta señora que me honra, admitiendo mi brazo.

Virgilio y la viuda dieron un paseo por el salon, mientras que los músicos volvieron á ocupar sus puestos.

El coraje de Inés no conocia límites.

—¡Te gustan las viudas!—murmuraba rompiendo entre sus dientes los últimos pedazos de su pañuelo;—¡ah! ¡yo tambien lo seré.

Y un relámpago apareció en sus ojos, transformándose su rostro espantosamente.

En aquel momento parecia un demonio.

Llevaba muchos meses empleando todos los recursos de su coquetería para conquistar aquel corazon rebelde, sin poder conseguir jamás ni una mirada benévola, ni una galantería.

Aquellas palabras, «las casadas sois insoportables,» resonaban sordamente en sus oidos.

Nada podia esperar, mientras no fuese libre. Virgilio acababa de decirlo. «¡Me gustan mucho las viudas!»

Esta era la sentencia de muerte de su hermano.

¡Pobre D. Javier!

—Y tú, ¿no bailas, querida?—la dijo el infeliz, viendo ya rodar por el salon infinidad de parejas.

—No tengo caballero; — contestó secamente.

—Ven, pues, daremos una vuelta, aunque nunca bailo;—dijo D. Javier alargando los brazos para estrechar el talle de su esposa.

—¡Quita allá!... ¡Bonita facha haríamos!... —exclamó Inés rechazándole y clavando una mirada de hiena en Virgilio y la dichosa viuda, que pasaban á la sazon por su lado.

De muy mal humor fué á sentarse en un divan. D. Javier lo tomó á broma, y queriéndola llevar hasta lo último, cogió por el talle á una jovencita, hija del mayordomo, y la dijo:

—Pues ven tú, hija mia, que tengo deseos

esta noche de bailar; y siguió con ella detrás de Virgilio.

El contraste de los dos hermanos no podia ser más notable.

La escasa concurrencia que quedaba ya en el salon se fijó en ellos, y todos los contemplaban con risas y algazara.

D. Javier, grueso, pequeño, de abultado abdómen, calvo, de cara redonda y chata, parecia un saco dando vueltas detrás de su hermano, que jóven, buen mozo, gallardo y arrogante, arrebataba las miradas de las señoras que le admiraban y de los hombres que le aplaudian.

—¿Es una apuesta? ¡Hermano, que pierdes!—le gritó Virgilio, sosteniendo en sus brazos á la jóven viuda con una gracia sin igual.

—¡Ah! Nó, nó, ya estoy vencido;—murmuraba el bueno de D. Javier, cayendo sofocado sobre un divan y promoviendo la hilaridad de todos, mientras Virgilio se llevaba los aplausos generales.

A Inés le pareció una escena ridícula la broma de su marido, exacerbándose más y más sus malos instintos por la comparacion que hizo de los dos hermanos.

Concluyó el wals sin que Virgilio diera

la menor muestra de cansancio; siguió paseando con su pareja, y aunque pasó varias veces por delante de Inés, ni la miró siquiera.

A las doce de la noche, ya no quedaba nadie en el castillo; únicamente la familia y algunos convidados que estaban en la casa y debian marcharse de madrugada con Virgilio.

Inés se encerró en su cuarto, fué arrojando sus galas con desden, y dijo á la doncella:

—Guarda ese vestido, que no me lo vuelvo á poner hasta que enviude.

—Entónces, ojalá, señorita, que no se le ponga Vd. nunca;—contestó la doncella.

Inés se calló, manifestándose sin embargo en su rostro que no estaba conforme con el deseo expresado por la jóven.

Se acostó muy taciturna y pensativa, dando órden de que no la molestasen para nada porque se sentia indispuesta.

Esto lo hizo con objeto de no despedirse de Virgilio.

Este salió de madrugada para Madrid con D. Javier, Horacio y varios amigos que se empeñaron en acompañarle; pero antes de emprender el viaje, y mientras todos se en-

tregaban al sueño, salió por el postigo de la huerta y se dirigió á casa de Clavellina.

Llamó repetidas veces, y viendo que no le contestaban, entró por la ventana y recorrió la casa inútilmente.

Ya sabemos dónde se habia marchado la jóven, para evitar su encuentro con Virgilio.

CAPÍTULO IX

El enfermo.

Habian pasado los meses más crudos del invierno y se presentaba Febrero apacible y templado, engalanando la pintoresca sierra con una temperatura primaveral.

Inés habia estado en Madrid una temporada y se la esperaba en el castillo de un momento á otro. Eran ya las cinco de la tarde y D. Javier estaba inquieto por su tardanza.

Habia sufrido un fuerte ataque de gota que aun continuaba, obligándole, bien á su pesar, á permanecer acostado en un sofá junto á la chimenea, haciendo sufrir los efectos de su mal humor al pobre Patricio, que con una paciencia ejemplar, lo soportaba todo sin apartarse de su lado.

—¡Dios mio! ¡cuánto tarda!—murmuró D. Javier más impaciente cada vez.

—Deje V. que tarde, señor, que por pronto que venga será temprano,—refunfuñó el

antiguo criado, colocando el dolorido pié de su amo sobre uu almohadon para que descansase con más comodidad.

—Tú no te has de conformar con que yo me haya casado, y ya me vas incomodando, te lo aseguro, Patricio,—dijo D. Javier enojado.

—Sí: como es V. tan feliz.

—¿Y quién te ha dicho que no lo soy?

—Cómo que no veo bien claro el juego de la señora, ¡seré tonto!—murmuró Patricio.

—Y más que tonto eres tú: Inés es un ángel, tiene á veces momentos de mal humor, lo que hace parecer su carácter desigual, ¿pero quién no los tenemos? Yo mismo adolezco de ese defecto; en el fondo es buena, buenísima.

—Si no hiciera á V. sufrir tanto con esos arrebatos que le dan cuando se encierra en su cuarto y no sale en ocho dias.

—Estás impertinente y fastidioso, que no se te puede aguantar; ¡vete! ¡viejo raro!

Patricio bajó la cabeza y salió del aposento; pero no habian pasado cinco minutos cuando sintió un fuerte campanillazo.

Abrió la puerta y se presentó en el dintel sin pronunciar una palabra.

—Asómate á la ventana de tu cuarto que

dá al camino de Madrid y observa con el anteojo á ver si distingues el carruaje de la señora;—dijo D. Javier.

—No se vé nada; si he mirado ya siete veces en quince minutos.

—Pues será la octava; vuelve á mirar.

Patricio tomó el anteojo que estaba sobre el velador, salió y volvió enseguida exclamando:

—Ya está aqui; ¡gracias á Dios! á ver si descansa V. ¿Bajo á recibirla?

—¿Tan cerca está?

—Acaba de entrar en el valle.

—Si, corre y prevenla, que no se asuste por mi ausencia;—exclamó D. Javier haciendo inútiles esfuerzos por mover su pierna.

—¡Cómo es la niña tan asustadiza! En fin voy allá; diré á Lucia que se quede aquí con usted.

—Haz presente á la señora mi sentimiento por no salir á recibirla, dila que estoy clavado en este potro del tormento; ¡maldita gota!—y D. Javier queria incorporarse haciendo gestos espantosos que le arrancaba el dolor.

Sin auxilio ajeno no le era posible moverse.

Antes que llegara Doña Inés, se presentó el médico en el cuarto de D. Javier.

—¡Ah! ¡D. Juan, cuánto sufro!—murmuró el enfermo, no sabe V. cumplir su palabra.

—¿Que nó? Ya lo veremos. Tengo preparado el bálsamo que voy á poner á V. en el pié esta misma noche, cuando se acueste, y le prometo que mañana ha de estar bueno.

—¡Ojalá; pero temo le engañen á V. sus buenos deseos!

—Lo tengo ya esperimentado en otros enfermos atacados del mismo padecimiento. Yo mismo se lo pondré á V., y me quedaré aquí tambien esta noche para ver el efecto que produce. Es un bálsamo maravilloso para estos dolores; créalo V.

Patricio alcanzó el carruaje de la señora al subir la cuesta, ya muy cerca del castillo. Iba á recibirla acompañado del mayordomo.

Cuando Inés los vió acercarse, mandó parar el coche, sacó la cabeza por la ventanilla, y preguntó con imperioso tono:

—¿Pues y el señor?

—Está enfermo con un ataque de gota.

—¡Enfermo!—exclamó Inés brillando en sus ojos un relámpago de alegría, que no se escapó á la penetracion del astuto criado,

—Sí, señora,—añadió el mayordomo; y nos envia á recibir á V. en su nombre, y á manifestarla el sentimiento que le causa el no poder hacerlo personalmente.

—¿Y por qué no se me ha avisado antes?

—Como no era cosa de cuidado, y por no hacerla precipitar su viaje...

—¡Ea! á escape: ¡arrea!—gritó al cochero.

—¡Bravo!—murmuró gozosa, recostándose en los almohadones.

El carruaje arrancó hácia el castillo, tirado por dos vigorosas yeguas, que llegaron en cinco minutos al patio grande.

—¿Ha visto V. qué cara de risa ha puesto la señora al saber que su marido está enfermo?—dijo Patricio al mayordomo.

—¿De risa? Hombre nó; qué cosas tiene V.; yo no he advertido eso;—contestó el mayordomo.

—De risa, sí, señor; brilló en sus ojos un relámpago de alegría, que no fué dueña de contener. Esta mujer es una arpía.

—Siempre la ha tenido V. esa especie de prevencion; y francamente, á mí me parece una santa.

Con esta conversacion llegaron al castillo.

Inés estaba ya en el cuarto de su esposo,

haciéndole mil zalamerías, y quejándose de que no la hubiera avisado cuando cayó enfermo.

—¡Qué valor! no decirme ni una palabra de tu mal, y yo allí en el teatro y en el prado, mientras tú sufrias!

—¿Y á qué darte un mal rato? Como escribiste que venias hoy, no quise que te lo indicaran siquiera. Virgilio sí lo sabe.

—¡Miren el picaron, cómo se lo ha callado!

—Le recomendé la reserva; pero, cuéntame; ¿te has divertido mucho?

—Bastante; he ido todas las tardes al Prado y á la Castellana, y por las noches al Real: he asistido á varias sesiones en el Congreso, sobre todo á aquellas en que hablaba Virgilio;—dijo Inés, sentándose cerca del fuego, despues de haberla quitado la doncella el abrigo y el sombrero.

—¿Tienes frio?—la preguntó D. Javier.

—Mucho; y estoy sumamente nerviosa y espasmodizada; ha hecho un dia cruel; salimos de Madrid nevando, y por aquí hacía un sol hermosísimo.

—Debe Vd. acostarse y descansar;—dijo D. Juan.

—No tardaré en hacerlo obligada por la

necesidad, porque me duele la cabeza horriblemente.

—Es natural; el cansancio del camino y tantas horas de viaje sin interrupcion, molesta mucho;—añadió el doctor.

—Y dígame Vd., D. Juan; ¿no es cosa de cuidado el mal de mi esposo? ¿Puedo esta noche dormir tranquila? Que mañana yo le cuidaré.

—Acuéstese Vd. sin temor ninguno; esta noche me quedo yo aquí, como todas, desde que está enfermo D. Javier. Confio que mañana estará bueno, gracias á un bálsamo que voy á aplicarle, de una virtud eficacísima y maravillosa;—dijo D. Juan.

—Cuidado con esos medicamentos, amigo mio; no se le quite el dolor del pié y se le ponga en el pecho ó en el corazon;—exclamó Ines alarmada.

—No tema Vd.; le tengo bien experimentado, y conozco á fondo sus admirables propiedades.

—Y díme, ¿qué tal el nuevo diputado?—preguntó D. Javier, cortando la conversacion, impaciente por saber de su hermano.

—¡Admirable! Vá á ser un orador de primer órden. ¡Si vieras qué magnífico discurso ha pronunciado el jueves!... Se declaró

de oposicion, y tales fueron sus ataques, que hizo vacilar al Ministerio, promoviendo una acalorada discusion. Obtuvo aplausos unánimes, y la mayoría de los diputados se fueron con él.

—¡Ah! ¡Si es un génio! Bien lo decia yo, —murmuró D. Javier con orgullo;—desde la infancia mostró las más felices disposiciones para la oratoria; por eso le hice estudiar leyes.

—Te aseguro que por ese camino pronto será ministro; esta es la voz general. ¡Qué talento! ¡Qué inteligencia tan elevada! Y sobre todo, ¡qué serenidad, y qué aplomo! Cualquiera, al oirle, le creería un adalid acostumbrado á las luchas parlamentarias.

Inés comprendió que en este terreno podia resbalarse, si se dejaba llevar de su entusiasmo descubriendo el secreto de su corazon, y se levantó:

—¡Ea! Me voy á la cama; me muero de sueño y de cansancio; adios, que te alivies.

Y con el más tierno cariño depositó un beso en la frente de D. Javier.

—¿Por qué no cenas antes de acostarte?

—No me puedo tener en pié; ya me llevará Lucía una taza de caldo, que es todo lo que podré tomar. Y tú, ¿comes bien? ¿No

has perdido el apetito?--le preguntó, con otro beso.

—Un poco; no me sienta bien el alimenmento, y únicamente tomo con gusto mi acostumbrado vaso de leche.

Inés se despidió del médico, llamó á Lucía, y se entró en su alcoba acostándose inmediatamente. Tomó una friolera, y media hora despues estaba dormida.

A las nueve cenó D. Javier con el médico, el mayordomo y el capellan, ó más bien permaneció acostado en el divan mientras los otros comian. A las diez le llevaron á su alcoba, apoyándose en el brazo de D. Juan y del mayordomo. Patricio estaba calentando la cama, y le acostaron sin trabajo ninguno, porque se sentia mejor.

D. Juan pidió unos paños de hilo, fué al botiquin que le tenia en un armario grande en el antedespacho de D. Javier y sacó el bálsamo que estuvo preparando aquella misma tarde: el mayordomo le siguió.

En un momento que quedó solo con Patricio le dijo D. Javier:

—¡Qué feliz soy! ¿si vieras qué cariñosa ha estado Inés? ¡Como nunca! ¡Ah! ¡cuánto me ama!

—¡Jun! ¡jun! ¡marrullerias de mujeres!

—gruñó el viejo criado, moviendo la cabeza con desconfianza.

—Mira, quítate de en medio, Patricio, te aseguro que me haces mucho daño con esas desconfianzas que manifiestas siempre. Yo estoy segurísimo del cariño de Inés; ¿qué tienes tú que decir en contra?

—Nada, que lo quiero yo á V. más; y se lo probaré algun dia.

—Ya sé que me quieres, porque me has visto nacer y nunca te apartaste de mi lado; por eso tolero tus impertinencias, comprendiendo que son rarezas de tu carácter adusto, chocheces más bien de la vejez, y si otro criado me dijera lo que tú, ya le hubiera arrojado por la ventana; no lo dudes.

Se cortó esta conversacion con la llegada de D. Juan y del mayordomo, que llevaban vendas, trapos y el bálsamo maravilloso, como le llamaba D. Juan.

Y en efecto maravilloso debia ser, porque una hora despues de tenerle aplicado al pié, ya empezaron á calmarse los agudos dolores que sentia y pudo descansar algunos ratos.

La alcoba de D. Javier estaba en su despacho y tenia una puerta de comunicacion con la de su mujer. Esta puerta estaba cubierta con unas cortinas de terciopelo encarnado.

D. Juan se habia sentado en una silla cerca de una mesa donde estaba la lámpara y se puso á leer un periódico, mientras el medicamento empezaba á obrar para ver sus primeros efectos, retirándose despues, si estos eran favorables, á la cama que le tenian preparada en el despacho mismo de don Javier. No léjos de alli tenia Patricio su cuarto; pero mientras la enfermedad de su amo se acostaba vestido en un sofá del cuarto que servia de tocador á D. Javier, muy cerca de la alcoba, estando alli más próximo para prestar inmediamente sus servicios.

Las cortinas de terciopelo encarnado de la puerta de comunicacion se movieron dos veces imperceptiblemente mientras don Juan leia el periódico. Nadie lo advirtió.

Patricio puso en una bandeja de plata un vaso de leche y lo colocó sobre la mesa de noche que tenia D. Javier á la cabecera de la cama al alcance de su mano.

Luego encendió la lámpara de color de rosa que estaba suspendida del techo y que prestaba durante la noche una luz opaca, llevándose el candelabro con las bugías encendidas, que colocó cerca de la cama que debia ocupar D. Juan.

Puso tambien dos vasos de agua sobre

una mesa, arregló las cortinas del balcón, para que no penetrase el aire por los resquicios, miró si estaba bien cerrada la falleba y colocó una pantalla de color de rosa en la lámpara, á cuya luz leia D. Juan, dejando la alcoba en esa semi-oscuridad, muy propia para conciliar el sueño.

D. Juan continuó leyendo hasta que sintió vibrar la campana del magnífico reloj del castillo que sonó en medio del silencio sepulcral que reinaba en la casa.

Lentamente dió doce campanadas.

D. Juan se levantó acercándose al lecho de D. Javier, alzó las cortinas de damasco, y colocándolas sobre las dos cabeceras de la cama para que el enfermo respirase mejor, se acercó á él examinándole con sumo cuidado.

Dormia profundamente.

—Mire V. el efecto del bálsamo, Patricio, —exclamó D. Juan;—hace muchas noches que no ha dormido con tanta tranquilidad; vámonos.

—Ciertamente; le dejaremos descansar,— dijo Patricio, y cogiendo la lámpara de sobre la mesa salió detrás de D. Juan.

Las cortinas de terciopelo encarnado oscilaron con más fuerza.

CAPÍTULO X.

Un vaso de leche.

La alcoba de D. Javier habia quedado á una media luz. La lámpara de cristal que en forma de globo pendia del techo, alumbraba muy débilmente de por si, y mucho menos por haberla dejado Patricio cubierta con una pantalla de color de rosa. Sin embargo, si el astuto criado hubiera estado allí en su puesto, cerca de la cabecera de su amo en igual de marcharse á dormir á pierna suelta en el sofá, hubiera visto abrirse las cortinas de terciopelo encarnado de la puerta de comunicacion, presentándose una forma blanca, esbelta y airosa, que avanzó hasta la cama de D. Javier. La mullida alfombra de moqueta que entapizaba el aposento, amortiguaba el ruido de sus pasos de tal manera, que sólo la sombra se reflejaba en las paredes. Ni el más pequeño ruido podia delatarla.

Aquella sombra era Inés, envuelta en un peinador guarnecido de encajes.

Se acercó á D. Javier y le examinó atentamente, inclinándose hácia él de tal modo que sus rostros casi se tocaban. El aliento de ambos se confundia.

D. Javier que, por efecto de sus agudos dolores, llevaba muchas noches sin conciliar el sueño, dormia profundamente.

Su respiracion era igual y tranquila.

Inés tendió en torno suyo una rápida ojeada; nadie la veia, estaba sola, sin más testigos que Dios y su conciencia.

Empero no se acordaba en aquel momento de ninguno de ellos; sólo hablaban muy alto en su corazon el orgullo y las malas pasiones que se abrigaban en él.

Su mano izquierda se acercó hácia la mesa de noche, mientras se ponia la otra en el corazon para contener sus latidos.

El reloj del castillo dió las dos.

La sonora campana parecía resonar con lúgubre acento, y la jóven se asustó retirando el brazo vivamente.

Un ligero estremecimiento agitó su cuerpo. Temia que D. Javier se despertase, pero no se movió.

Inés se acercó más á la mesa, y con un

movimiento rápido, vertió el contenido de un frasquito de cristal en el vaso de leche que debia tomar D. Javier al amanecer.

—¡Inés, querida Inés!—murmuró el enfermo entre sueños.

Los ojos de la jóven se fijaron con espanto en su marido, y huyó aterrada á encerrarse en su alcoba.

Apenas habia desaparecido trás la cortina de terciopelo encarnado, se presentó Patricio en el dintel de la puerta que comunicaba con el despacho, restregándose los ojos.

Se acercó á su amo, y contemplándole un momento con profundo cariño, exclamó:

—¡Qué tranquilo duerme! ¡Bendito sea el bálsamo de D. Javier!

Y se volvió otra vez á su sofá, volviendo á dormirse muy tranquilo hasta el amanecer.

No sucedió lo propio á Inés; se acostó; pero el sueño dulcísimo, que calma todos los dolores, no acudió á sus párpados. Agitada, inquieta, se incorporó muchas veces en la cama, aplicando el oido á la alcoba inmediata.

Eran tan fuertes los latidos de su corazon, que parecia salírsele del pecho, y aun

que le comprimia con ambas manos, no le era facil contener su violenta agitacion.

Oyó todas las horas del reloj, y cuando sonaron las cinco campanadas, se extremeció visiblemente y saltó de la cama.

—Aún es tiempo,—murmuró,—asomándose por entre las cortinas de la puerta.

Sin duda vacilaba en su criminal propósito.

El instinto del bien luchaba en su corazon con las innobles pasiones que en él tenian su habitual asiento.

De pronto retrocedió; D. Javier, restregándose los ojos como quien despierta de un profundo sueño, se habia sentado en la cama.

—¡Ya es tarde!...—murmuró;—¡qué cobarde soy!... Si muere, aseguro la felicidad de toda mi vida; ¡y seré la esposa de Virgilio, realizando las aspiraciones de mi alma!

Y bajo el imperio de una fascinacion extraña, poderosa, irresistible, continuó aplicando toda su atencion á la entreabierta cortina, que la permitia observar lo que pasaba en el cuarto de su marido.

D. Javier estendió su pierna enferma, y con indecible satisfaccion murmuró en voz bastante alta, que llegó á los oidos de Inés:

—¡Qué admirable bálsamo! Casi no siento ya dolor en el pié; es necesario colocar á D. Juan en la categoría de los sábios. ¡Ea! Un refrigerio y á dormir otro rato.

Tomó el vaso de leche y bebió más de la mitad, dejando el resto sobre la mesa con visible repugnancia.

—Esta leche no me gusta, tiene un sabor especial;—murmuró, metiéndose entre las ropas y colocándose cómodamente en el lecho para volverse á dormir.

Inés se puso pálida, con la palidez de un cadáver; y vacilando como una persona ébria, se metió en la cama, se tapó perfectamente con las ropas y se quedó inmóvil; pero bañada de un sudor frio que la cogió de piés á cabeza.

Toda la atencion de su alma estaba fija en el cuarto inmediato.

Treinta minutos despues, sintió la voz de D. Javier que se quejaba, y oyó á Patricio apagar la lámpara de noche y abrir las maderas del balcon.

—¿Se siente V. mal, señor?—preguntó el fiel criado acercándose á la cama.

—Estaba perfectamente y he dormido hasta las cinco; pero desde hace media hora que tomé esa leche infernal, que me has traido

esta noche, siento unas angustias mortales y parece que me arrancan las entrañas.

Patricio, rápido como el pensamiento, salió á llamar á D. Juan, que ya estaba vistiéndose y le repitió las palabras de su amo.

—¡Estaria la leche mala!—exclamó don Juan entrando en la alcoba y tomando inmediatamente el vaso que aun contenia una buena porcion del emponzoñado líquido.

—¡Me muero! D. Juan, ¡me muero!—esclamaba D. Javier retorciéndose violentamente en la cama, con mortales ansias.

D. Juan echó una poca de leche en el hueco de su mano, se acercó á la luz débil todavía del crepúsculo matutino, y la examinó, probándola dos veces con suprema atencion.

Un gesto espantoso se pintó en la fisonomía del noble anciano.

Corrió al antedespacho donde estaba el botiquin, tomó un frasco que tenia un rótulo en latin, dejó allí el vaso con el resto de la leche y echando la llave al armario, se la guardó en el bolsillo, dirigiéndose con extraordinaria rápidez á la alcoba de D. Javier.

Le examinó brevemente, le hizo sacar la lengua y sin vacilar ni un segundo, vertió unas cucharadas del medicamento que llevaba en el frasco, en una corta cantidad de

agua, y se lo hizo tragar. Poco despues prorrumpió el enfermo en un vómito copioso.

Ya era tiempo. El infeliz D. Javier, que se agitaba en una convulsion horrible, pareció tranquilizarse algun tanto, despues de arrojar la pócima infernal que le asesinaba.

—¡Ah! no me engañé,—exclamó D. Juan: y clavando sus ójos con una mirada penetrante en Patricio, le preguntó saliendo de la alcoba:

—¿Quién ha entrado aquí esta noche?

—Nadie;—contestó con tranquilidad el anciano criado.

—¿Absolutamente nadie? — insistió don Juan sin apartar de la serena fisonomía de Patricio su mirada inquisitorial.

—Unicamente yo.

—¿Ha dormido V. aquí?

—En este sofá del cuarto de vestir del señor; y me he levantado tres veces á diferentes horas, con objeto de ver cómo estaba, me he acercado á la cama y siempre le encontré dormido como le dejamos anoche.

—¿Y quién le puso esta leche en el vaso?

—Yo mismo.

—¿De dónde la tomó V.?

—De la teta de la vaca; bajé al establo con esta jarra de cristal, donde aun queda más

de un cuartillo;—y Patricio la tomó de encima de una cómoda.—Llamé á Pablo y delante de mí, teniéndole yo la jarra, la ordeñó de la vaca negra, que el señor prefiere siempre.

—¿Qué hora era?

Las diez; estando ordeñando la vaca, dió el reloj; bajé por la leche despues que dejamos acostado al señor.

Patricio sufria con la mayor tranquilidad aquel extraño interrogatorio que le hacía el médico, no en la alcoba del enfermo, sino en el despacho inmediato.

D. Juan tomó la jarra, echó un poco de leche en el hueco de su mano, y la probó.

—¿Está echada á perder?—preguntó con ansiedad Patricio.

—Nó, está buena, perfectamente buena. Esta leche no es la que ha bebido D. Javier.

—Juro á Vd. que es la misma. Desde el establo subí sin soltar la jarra, y yo, por mi mano, llené un vaso y le puse en la mesa de noche junto á la cabecera de la cama; desde entónces no me he separado de allí, y nadie si no Vd. y yo ha entrado en la alcoba.

La insistencia en estos detalles del viejo criado, su tranquilidad, su rostro sereno y la firmeza de su acento, proclamaban muy alto su inocencia.

D. Juan no dudó de Patricio.

Abrió el botiquin, y tomando el vaso con el resto de la leche que habia bebido D. Javier, exclamó poniéndole delante y sometiéndole á la última prueba:

—Esta leche está envenenada.

La mirada fija, insistente, tenaz del médico, parecia querer penetrar el pensamiento del anciano.

El leal criado no se agitó con el temblor del culpable, que vé descubierto su crímen; sólo se pintó en su rostro la duda y el asombro.

—¡Envenenada!... ¡No puede ser!... Usted se engaña.

—Envenenada, repito, y lo probaré ante un tribunal; si yo no me hallo esta noche tan cerca de D. Javier, hubiera muerto á estas horas por efecto de ese veneno, que es de los más activos, que obra instantáneamente sin dar tiempo á combatirle, y que ha sido puesto en ese vaso por una mano aleve este noche, despues de las doce, hora en que nos retiramos de la alcoba Vd. y yo, dejando á D. Javier entregado á un tranquilo sueño.

Patricio sintió subir á su rostro el rojo color de la indignacion, y cuadrándose, dijo con voz de trueno:

—¡D. Juan, vea Vd. bien lo que dice!... ¡Pero no puede ser!...

—Me confirmo en mi opinion;—contestó el médico con seguridad, y cerrando el armario dejó dentro el vaso y el jarro, quitó la llave, y seguido de Patricio, que iba como si hubiera caido un rayo á sus piés, se dirigió á la alcoba del enfermo.

—¡Ah, D. Juan! ¡Qué mal rato he pasado!... ¡Creí morirme...—exclamó D. Javier.

—¡Maldita leche!... ¿De dónde diablos la has traido? Este Patricio, como ya es viejo y le pesan mucho las piernas, habrá tomado en la despensa una leche detenida de tres ó cuatro dias, por no ir al establo á buscarla fresca.

—Señor...—quiso replicar el fiel criado.

—¡Silencio!—exclamó D. Juan, poniéndose un dedo en la boca;—D. Javier tiene razon.

Inés, pálida como un espectro, estaba en el dintel de su alcoba.

—¿Qué es esto?—dijo adelantándose lentamente;—crei sentir ruido: ¿estás peor?

—No querida mia, estoy ya bien; ha sido un ligero cólico; pero he conseguido arrojar y ya no hay cuidado.

—Siempre habrá sido el bálsamo que

anoche te pusieron en el pié;—dijo Inés afectando tranquilidad; pero pálida como un cadáver.

—El bálsamo le ha hecho mucho bien, señora,—dijo el médico, clavando en ella su penetrante mirada.—La leche es la que le ha sentado mal.

Inés se estremeció. Sin atreverse á levantar los ojos, sentia sobre su rostro las miradas de D. Juan y de Patricio, y no fué dueña de contener el temblor involuntario que agitó sus miembros.

—¿Si estaré descubierta?—murmuró para sus adentros. Y balbuceó con trémulo acento:

—Quizá un cólico; es muy fácil, pero gracias á Dios, ¿ya no hay peligro?

—Por ahora no; al menos en este momento, señora;—exclamó D. Juan sin apartar su mirada fija, implacable, sobre aquella mujer que sentia arder su rostro y no se atrevia á mirarle fijamente.

Su conciencia la vendia. Tuvo que apelar á toda su audacia para salvar aquella situacion angustiosa.

—Voy á mandar decir una misa en accion de gracias y hacer con todo fervor la novena de la Candelaria para que pronto estés bueno,—exclamó al fin hipócritamente:

—¡Si, querida mia! Pídele á Dios, tú que eres una santa,—dijo D. Javier.

Inés se alejó sin atreverse á levantar los ojos sobre ninguno de los circunstantes.

Las miradas de Patricio y del médico se encontraron, y sin hablar se comprendieron instantáneamente. Un mismo pensamiento cruzó á la vez por la frente de ambos.

D. Javier pidió agua, y D. Juan tomando la botella del contra veneno, que aun estaba sobre la mesa de noche, puso una cucharada en uu vaso de agua y se lo hizo beber.

—Ahora procure V. dormir, el sueño reparará sus decaidas fuerzas, y pronto estará bueno. Y V., Patricio, no se aparte un momento de aquí hasta que yo vuelva,—dijo el médico recomendando con una mirada todo el cuidado que debia tenerse, para que no se repitiera la criminal tentativa.

Con un espresivo signo demostró Patricio al médico que le habia comprendido, y que no se descuidaria

D. Juan bajó á buscar un criado, le mandó preparar un caballo para que fuese inmediatamente á Madrid, y entrando en el despacho del mayordomo, escribió una carta á Virgilio, diciéndole que se presentase al instante en Villacierzo.

CAPÍTULO XI.

Pablo y Clavellina.

El jóven diputado se alarmó vivamente al recibir la carta de D. Juan, porque tenia ya noticia de la enfermedad de su hermano y temió por su salud. Sin esperar á que enganchasen un carruage, montó en el caballo que tenia preparado para paseo, y se puso en camino inmediatamente.

La tarde estaba hermosísima y muy templada, pero como en Febrero son tan varios los dias, salió de Madrid con un sol magnífico, y entró en Villacierzo nevando. El criado que habia ido á llevarle el aviso, le seguia; pero quedándose muy detrás, porque el caballo que montaba no era tan bueno, y haciendo el viaje de retorno estaba sumamente fatigado.

Al anochecer atravesaba Virgilio el ameno valle próximo á la casa de Clavellina. Indispensablemente tenia que pasar por de-

lante de su puerta para tomar la calle de árboles que conducia al castillo.

El hermoso caballo, que habia andado más de ocho leguas en poco tiempo, no podia ya con su amo; este comprendió su fatiga y por evitarle subir la penosa cuesta echó pie á tierra.

Clavellina que estaba encerrando su pequeño ganado, corrió hacia el jóven así que le vió apearse, vivamente alarmada por la palidez y la angustia que se retrataba en sus facciones.

—¡Señorito Virgilio! ¿qué sucede? ¿viene usted enfermo?

—No; pero mi hermano lo está y vengo á verle; sabes tú algo, ¿querida Clavellina?

—Que está mejor; acaba de decírmelo Pablo, que ha venido hace poco á buscar las vacas que estaban pastando en el valle con las mias.

—¿Estás segura? ¿no me engañas?

—Segurísima; y tanto es así, que se ha levantado esta tarde un poco, lo que confirma su mejoría. ¿Le parece á V. que yo no pregunto con interés por su salud? Los dolores de la pierna se le han quitado con un bálsamo admirable que sabe preparar D. Juan y anoche tuvo un pequeño cólico, que no fué

gran cosa sin duda, cuando le ha permitido dejar el lecho y comer en familia esta tarde.

—¡No sabes cuánto bien me haces con esas palabras! ¡Gracias, amiga mia! Lleno de impaciencia por su salud, casi he reventado mi caballo por venir desde Madrid aqui en poco más de cuatro horas;—dijo Virgilio tranquilizándose.

—Efectivamente el pobre animal se ha tendido en la yerba y no va V. á poder moverle de ahí. La cuesta, no la sube, de seguro;—dijo Clavellina.

—Me iré á pié; afortunadamente hace frio y el ejercicio me conviene; adios, tengo muchas quejas que darte, y ya vendré cuando mi hermano esté bueno, aprovechando alguna coyuntura favorable, que permita mi ausencia del castillo.

—¿Será posible que todavia piense V. en aquellas tonterías?—exclamó Clavellina ruborizándose y retirando la mano de que Virgilio pretendió apoderarse.

—Tonterías, ¿eh? No las juzgo yo así; hay sentimientos que interesan demasiado para que se tomen á juego. Hasta mañana pues. Si vieras por casualidad pasar al criado que viene detras de mí, te agradeceré le digas que se suba mi pobre caballo, que te dejo

aquí medio muerto, si subir pudiera el animal, y sino que le deje por ahí, en cualquier parte, al abrigo de la intemperie.

—En mi casa; ¿quiere V?—preguntó Clavellina.

—Con mucho gusto, querida,—exclamó el jóven; y saludándola respetuosamente, se dirigió hacia la calle de árboles, no sin volver más de dos veces la cabeza para enviar á la jóven un último y afectuoso signo de despedida.

La hermosa niña le miró tristemente hasta que le perdió de vista entre los corpulentos olmos que daban sombra al camino.

A pesar de la impetuosidad de la juventud y de la pasion inmensa que abrasaba al jóven diputado, no podia menos de respetar á Clavellina; conteniéndose en los límites que la prudencia le marcaba.

La verdadera virtud, la que nace del alma y es innata en las criaturas, tiene el privilegio de inspirar respeto al vicio y de contener las pasiones más tumultuosas.

No importaban la soledad, el aislamiento y la clase ínfima á que estaba condenada la pobre niña, para que su dignidad y su decoro saliesen incólumes de todas las asechanzas y seducciones de la fortuna y del amor.

La virtud es un sentimiento de dignidad, inherente á la naturaleza humana, que no se aprende, ni se inspira, se siente y se practica por intuicion, y se adivina en los que le abrigan; parece como que va escrito en los ojos, en la espresion del rostro, y hasta en el continente severo y altivo con que se distingue á las personas virtuosas.

Por eso la virtud dulce y sencilla es altamente simpática, inspirando por doquiera amor y respeto.

Asi se comprenden las consideraciones respetuosas que Virgilio tenia con Clavellina. Como su natural no era afectado, ni en ella habia estudio ni artificio de ningun género, aparecia en todo su esplendor la belleza y la purísima inocencia de su alma, esencialmente candorosa y buena.

Marchitar un ángel de bondad semejante con el hálito ponzoñoso de la seduccion, hubiera sido obra de un malvado, y no de un caballero; y Virgilio, resistiendo siempre los impulsos de su pasion, se detenia ante estas consideraciones, que no se apartaban de su mente, mientras subia despacio la áspera calzada que á la sombra de los olmos conducia á su casa solariega.

Entre tanto Clavellina se acercó al caba-

llo, que estaba jadeante y cubierto de sudor, medio tendido en la yerba. Le desató la cincha, con lo cual cayó inmediatamente la silla, librando al noble animal de una sujecion molesta. Le tiró de la brida, y con pocos esfuerzos logró hacerle levantar, sin hacer casi uso de la varita de fresno de que se habia provisto con este objeto.

Este fué un triunfo para la jóven que miraba con profunda lástima al hermoso alazan, le acarició dulcemente y con el mayor cuidado se le llevó á su casa, le metió en el establo y le puso una manta para que no se enfriase sudando como estaba, á pesar de la nieve que caia en pequeños copos. Le echó paja fresca á los piés para que se acostase y le dejó atado á una anilla de hierro, teniendo la prevision de no darle agua, ni de comer hasta que hubiere descansado un rato.

El noble animal, apenas se vió libre, volvió á caer en tierra sin aliento.

A todo esto era ya completamente de noche y la nieve seguia cayendo con abundancia. Clavellina de pié sobre el dintel de su puerta, miraba cubrirse poco á poco los cerros de un blanco manto y se extremecia pensando en Virgilio, que iba á pié, y se mojaria bastante antes de llegar á su casa.

Cuando las primeras sombras del crepúsculo oscurecieron el valle aun se destacaba la esbelta figura de la interesante niña, que tendia sus miradas, tan pronto hácia la calle de olmos, como hácia el camino de Madrid, por donde debia llegar el criado de Virgilio.

Pero la noche cerró por completo y el muchacho no pareció. Arreciaba el viento frio, y la jóven se vió obligada á cerrar la puerta metiéndose en su casa.

Antes de acostarse, y comprendiendo que habria descansado el caballo de su platónico amante, fué á echarle de comer y á darle agua un poco despues. A todas estas operaciones iba seguida de Leal, que simpatizando con el caballo, se acostó á su lado en el establo, permaneciendo allí toda la noche, como si hubiera adivinado las simpatías de su ama por el noble animal.

Clavellina, cerradas perfectamente todas las puertas, se recogió en su cuarto, y no tardó mucho en entregar su delicado cuerpo al blando reposo que tanto necesita nuestra frágil materia. Mas el espíritu no está sujeto á las mismas necesidades, y la infeliz niña tardó mucho en conseguir el sueño, siendo este tan ligero, que más fué una es-

pecie de éxtasis que la permitió toda la noche contemplar la figura de Virgilio que no se apartaba un momento de su imaginacion.

Al rayar el alba estaba de pié.

Su pensamiento inquieto, recordándole sus sueños y sus delirios, volvió á presentarle la imágen del hombre que turbaba de tal manera su tranquilo reposo.

—¿Es posible que me ame aun? - se decia la cándida niña ensimismándose en una profunda abstraccion.—¡Ah! yo ya me iba acostumbrando á olvidarle, y su ausencia se me hacía ménos penosa á fuerza de pensar en la desigualdad de nuestras condiciones que hace imposible toda alianza. Además, juzgué una broma sus manifestaciones de cariño, ó el capricho momentáneo de un jóven exaltado que no tiene ocupaciones y se propuso pasar el tiempo haciendo el amor á una pobre campesina, creyéndonos acaso insensibles porque sabemos resistir con valor á sus ruegos y á sus seducciones. ¡Ay! cómo se engañan, y cuánto mal me hace! Yo le amo sin poderlo remediar y sufro continuamente, porque ni aun en sueños puedo arrancar su imágen de mi alma.

Los sollozos acongojaron á la pobre niña,

que fué á buscar nuevas fuerzas en la hermosa fuente del supremo amor del Crucificado.

Corrió á su cuarto y arrodillándose ante el altar, permaneció más de una hora elevando sus preces al Altísimo, y desahogando su corazon con el amargo llanto de la resignacion cristiana, que á pesar de su amargura, dulcifica las penas más acerbas.

Un rayo de sol, que penetró por la entreabierta ventana, fué á sacarla de su místico arrobamiento. Oyó los ladridos de *Leal* en la puerta de la corraliza, y acordándose del caballo, corrió á echarle de comer y á darle agua.

En esta operacion la sorprendió Pablo, el vaquero del castillo, que despues de haber dejado su ganado pastando en el valle, entraba en la corraliza por las aberturas de las tapias caidas, que dejaban paso franco hasta el establo.

—¡Hola, amigo Pablo! ¿Vienes á buscar el caballo?—le dijo Clavellina.

—No me ha dicho el señorito Virgilio que me lo lleve sino que le deje aquí hasta que descanse; pero traigo un saco de cebada y de avena y la órden de cuidarle mientras

estoy en el valle con el ganado,—contestó Pablo.

—¿Y cómo está D. Javier?

—Bueno ya, segun me ha dicho Patricio esta mañana cuando de madrugada bajó por la leche; pero ahora parece que ha caido enferma la señora.

—¡Válgame Dios! Nunca han de faltar males en las familias de los ricos; nosotros los pobres siempre tenemos buena salud, y esos son nuestros principales tesoros por la suprema bondad de Dios, que nos compensa en salud, en tranquilidad y en alegría la falta de bienes materiales.

—Tienes razon; yo soy muy feliz, aunque soy pobre, y no me cambiaria por un rico.

—¿De qué le sirven á los señores las riquezas,—continuó Clavellina,—si cuando no tienen enfermedades tienen disgustos? Y eso que estos son tan buenos; ¿no es verdad, Pablo? ¿Tú los querrás mucho?

—Con toda mi alma; y si se pregunta uno por uno á todos los criados de la casa contestarán lo mismo. D. Javier es un padre para sus criados; ¿pues y el señorito Virgilio? ¡No digo nada! por ese me dejaba yo cortar la cabeza y me quedaba tan fresco. Somos de una edad, y como mi padre era

un antiguo criado de la casa me crié naturalmente en el castillo, y por consecuencia con el señorito, que estábamos siempre juntos. Nunca olvidaré las carreras que dábamos por ese valle buscando nidos de tórtolas; ¡y cuántas veces pasábamos á nado el arroyo! Un dia por poco nos ahogamos.

—¡Ah! ¿sí? Cuéntamelo Pablo: ¿cómo fué aquello?

—Me acuerdo como si lo estuviera viendo. Yo guardaba como ahora las vacas y las cabras, y el señorito, en un caballo muy chiquitin, pero listo y vivo de génio como una ardilla y muy guapete, bajaba todos los dias á buscarme.

Era ciego por las tórtolas: desde lo alto de la cuesta me gritaba:

—Pablo, ¿cuántos nidos has descubierto?

—Ya tengo tres, ó cuatro, segun, le contestaba yo muy ufano por complacerle.

Entonces ponia á galope su caballito y bajaba diciendo:

—Vamos á verlos, que hoy va á ser doble la recompensa.

Y me llenaba el capacho de frutas, pasteles y dulces que guardaba de los postres para mí.

Efectivamente, cogíamos los nidos con

unos tortolillos ya muy grandes, que se llevaba al castillo y los criaba con el mayor esmero. Llegó á reunir más de doscientos en una pajarera que mandó construir para ellos en el jardin. Era una monomanía.

Clavellina se sonreia escuchando el relato del jóven pastor, formando interiormente el propósito de criar tambien tortolillos por imitar á Virgilio en la inocente aficion de sus primeros años.

—Y bien, ¿cómo fué el peligro?

—Ya se me olvidaba,—exclamó Pablo;—el señorito era muy aficionado á bañarse y con más motivo porque se lo tenian prohibido. Cosas de chicos. Basta que se les diga: «no pases por el arroyo,» para que le crucen siete veces al dia, aunque sea de cabeza. Baja una tarde tan jaque en su caballito, llega al valle, echa pié á tierra, y atando las bridas á unas ramas, me dice lleno de júbilo:

—¡Pablito!... ¡Pablito!... Vente conmigo; vámonos al agua, que hoy hace calor y me voy á dar un soberbio refrescon.

Por fortuna era el mes de Julio, que lo propio hacía en tiempo más frio.

Inmediatamente nos desnudamos y nos metimos en el arroyo, que, aun cuando se ven los guijarros en las orillas, por el cen-

tro está muy hondo. El señorito nadaba muy poco; y yo, por mi buena suerte, era más fuerte y más diestro nadador. Esto nos valió; quiso cojer una paloma herida que habia caido en el agua, se lanza trás ella sin prevision ninguna, y pierde terreno cuando ya estaba á punto de asirla. Se aturde, le envuelve un remolino, y se hundió dos veces. Veo el peligro y corro á socorrerle; pero estuvimos los dos para perecer, porque se me agarró á un brazo en las ánsias de la agonía y no me dejaba nadar. Conseguí levantarle en alto, y le grité: ¡A la espalda, señorito, á la espalda!... Lo que hubo de entender, pues soltó el brazo y pude cargármele acuestas, y así salimos á la orilla, donde se me desmayó.

Le cogí en brazos y le subí al castillo sin conocimiento ya, con una fiebre espantosa que le duró muchos dias. Desde entónces nunca más le dejaron bajar al valle. Le quitaron el caballo, enviándole á la dehesa, y en aquel otoño fué D. Javier á Madrid y le puso en un colegio, donde estuvo muchos años.

—¡Ay! ¡Qué angustias pasaríais los dos! Lloro ¿ves? sólo en pensar el peligro que corrió el pobre señorito... y tú tambien. ¡Me has conmovido!--exclamaba Clavellina, en-

jugando las lágrimas que caian de sus ojos.

—¡Qué tontería! Despues de tanto tiempo, ¿quién se acuerda de sentir por lo que ya pasó? Pero es la verdad que las cosas de la infancia no se olvidan nunca. El señorito tambien se acuerda.

—Así, ¡cómo no has de quererle! Las impresiones de la primera edad quedan grabadas en el alma, y son el orígen de cariño que en la juventud sentimos por las personas. Tambien te corresponderá con igual afecto.

—Ya lo creo; entónces me regalaba pasteles y dulces, y ahora me dá buenos napoleones para que se compren sayas mi mujer y mis hijitas. Esta mañana se presentó en el establo, llamándome como siempre ¡Pablito!... Yo creo que no ha dormido esta noche; aún habia estrellas, y me dijo:

—Mira, Pablito; en la cabaña de Clavellina quedó ayer mi caballo medio muerto; llévale pienso y cuídale.

—Está bien, señorito; ¿y no me lo traigo? —pregunté.

—¿Para qué has de volver á subir? Déjale allí hasta que descanse, y luego iré yo á verle.

Me dió uno de esos hermosos puros que fuma, y, á pesar del frio que hacía, se fué

hácia el jardin, en igual de subirse á sus habitaciones.

Yo dije para mi capote; decididamente el señorito no ha debido acostarse esta noche; ¡y cuidado que la fatiga del viajecito de ayer rinde al más bravo! ¡En cuatro horas plantarse desde Madrid en Villacierzo, más de siete leguas, tiene que hacer! Y sólo este caballo lo resiste.

Pablo, que como habrán comprendido nuestros lectores era un hablador de primera clase, hubiera continuado toda la mañana con su charla á no indicarle Clavellina la conveniencia de que se llevara las vacas que la jóven tenia en el establo para que no molestasen al caballo.

—Con mucho gusto; me las llevaré con las mias al valle para que se den un buen atracon; está de yerba que dá gozo; por aquí estas cordilleras están muy peladas, ni tomillo tienen. Las tienen secas los ganados de la villa.

Hizo un buen servicio á Clavellina evitándola el trabajo de conducirlas por las estériles laderas y proporcionó á los animales por aquel dia un pasto abundante.

La jóven agradeció con una sonrisa al servicial muchacho su atencion, y con ese

instinto de coquetería natural hasta en las niñas más inocentes, aprovechó aquellos momentos en componerse un poco.

Con su figura esbelta y su espresivo rostro no necesitaba muchos adornos para parecer bien; sin embargo, peinó con esmero sus largos y negrísimos cabellos, dejándolos caer en dos gruesas trenzas por la espalda, y se puso una saya encarnada estampada de negro, que la sentaba á las mil maravillas. Sobre el ceñido justillo de paño colocó artisticamente un bonito pañuelo de lana á cuadros negros y blancos, que hacía resaltar el finísimo aterciopelado de su tez, un tanto morena por los rigores del sol.

Luego se miró al espejo y, lo que nunca hacía, se puso unos pendientes de coral, que la habían regalado sus amigas.

Pablo habia dicho que Virgilio bajaría luego á ver el caballo, y esta sola idea hizo á Clavellina esmerarse en su tocador. Sin embargo, ella misma ignoraba el secreto impulso que la movia á obrar asi; sus deseos, su firme voluntad eran resistir á todo trance el amor de Virgilio, y sin darse cuenta de sí misma entregábase con placer á tan inocente acto de coquetería, esmerándose en su tocado, sólo porque debia verle, y la hubiera

parecido horrible estar descompuesta y poco aseada.

Tampoco podia darse cuenta del vivo afan que súbitamente se despertó en ella de tener tórtolas y de criarlas para que fuesen el recreo de su melancólica vida en la triste soledad á que se hallaba sujeta por su posicion especial.

La infeliz conocia que le amaba, creyéndose bastante fuerte para resistir al imperio de su pasion. Sintió en su alma el gérmen de un amor infinito, y aunque se propuso no alentarle, fácil era comprender lo imposible de semejante resolucion, por más que estuviera persuadida de lo absurdo de aquellos amores, que la iba á ser dificilísimo sofocar, si se dejaba un solo momento entregada á sus éxtasis embriagadores.

Ante los propósitos de su carácter sério y reflexivo estaba el fuego de aquella inestinguible hoguera que habia encendido en su alma impresionable y cándida el seductor Virgilio, fascinándola con la mágia de su belleza y de su apasionado cariño.

CAPÍTULO XII.

Viaje de incógnito.

Veamos lo que ocurrió en el castillo á la llegada de Virgilio, y durante aquel dia.

Inés se pasó en la iglesia casi toda la mañana; primero asistió en la tribuna á la misa que diariamente decia el capellan del castillo, y despues se marchó en su berlina á la funcion de iglesia y á la novena, que se celebraba en la iglesia parroquial de Villacierzo.

Era domingo y fiesta de la Candelaria, precisamente por lo cual habia mucha gente en las calles, y casi todo el pueblo tuvo ocasion de verla al salir de la iglesia, en cuyo pórtico repartia infinitas limosnas entre los muchos pobres que la rodearon, y despues se fué á pié siguiéndola á cierta distancia el carruaje, á visitar á varios enfermos pobres, dejando en todas partes dinero y efectos, y sobre todo palabras cari-

ñosas. Multitud de gente la seguía, gritando algunos y murmurando todos: «es un ángel, bendita sea; es la madre de los pobres;» y otras palabras y comentarios semejantes.

Las personas ricas del pueblo la saludaban con el mayor respeto y cariño, y los pobres la bendecian. Su modestia, su recogimiento, la espresion de su rostro, que denotaba una dulzura infinita; su sencillo traje negro, y sus palabras de mansedumbre y de bondad, la granjeaban todos los corazones.

Era necesario verla con mucha frecuencia y tratarla con cierta prevencion, para conocer el fondo negro de aquella artificiosa mujer. Su actitud, sus modales y sus acciones más insignificantes obedecian á un estudio profundo, y á un habilismo y calculado sentimiento de hipocresía.

Si á toda aquella multitud que la seguia bendiciéndola y aclamándola, les hubieran dicho: «esa mujer ha cometido un crímen,» rechazarían la acusacion indignados, defendiéndola hasta de las más ligeras sospechas, con un entusiasmo ardiente y generoso, digno de mejor causa.

Tal es el pueblo; juzga por las aparien-

cias, y jamás se cuida de buscar el fondo.

Cuando Inés llegó al castillo, fatigada de su caritativa escursion, eran las doce, desde las nueve de la mañana que salió.

¿Quién sabe si aquella mujer sentiría remordimientos por su criminal tentativa de la noche anterior, y quiso en parte borrarlos con la práctica de la caridad y la religion? Su rostro era una máscara, que sólo presentaba una bella faz, sin dejar adivinar este problema; pero sin duda que el arrepentimiento ó el disimulo, eran los móviles que la impulsaban á obrar así.

Tuvo buen cuidado de evitar el encontrarse frente á frente con D. Juan y con Patricio. Aquellos dos ancianos inteligentes, nobles y honrados, la inspiraban cierto respeto involuntario y una antipatía invencible, y se alejaba todo lo posible de su vista, evitando su conversacion.

Es natural; lo mismo el vicio que la virtud se adivinan por intuicion, y se repelen sin conocerse. Rara vez son duraderas las afecciones de las personas virtuosas y de buenos sentimientos con los malvados de endurecido y negro corazon. Se conocen y se rechazan por instinto.

Inés, cuando se aseguró de que su ma-

rido estaba solo, entró á verle y le prodigó todo género de caricias, refiriéndole con mil detalles interesantes las visitas que acababa de hacer á los pobres enfermos, á quienes socorria habitualmente, y la funcion de la Candelaria á que habia asistido.

D. Javier la oia regocijado, complaciéndose en el relato y haciéndola minuciosas preguntas sobre el afecto y simpatías que la demostraron los vecinos ricos y sobre la gratitud de los pobres, exclamando con alegria:

—¡Si tú eres un ángel, Inés mia! ¿Con que te victoreaban las pobres gentes?

—En frenéticas aclamaciones y llenos de júbilo,—le contestaba Inés, sentándose á su lado y estrechando sus manos con muestras de ternura.

Así permaneció un rato, y al sentir que Patricio llegaba se marchó á su cuarto, evitando que las penetrantes miradas del viejo criado se fijasen en su rostro y la turbasen.

D. Javier, que habia recibido inequívocas muestras del cariño de sus dependientes, quiso comer en familia y mandó que se sirviese la comida en sus habitaciones, invitando á su mesa al médico, al capellan, al

mayordomo, á las primas de Inés, que habian acompañado á esta aquella mañana y á varios amigos.

Eran cerca de las cuatro cuando concluyeron de comer, y como en Febrero los dias son cortos, casi sorprendió la noche á los caballeros fumando y tomando café. Inés y sus primas se retiraron así que se sirvieron los postres.

Como la comida tuvo efecto en el piso principal, por no permitirle á D. Javier su delicada salud bajar al comedor, pudo muy fácilmente Virgilio entrar en su casa medio oculto por las primeras sombras de la noche, y embozado hasta los ojos en su ancha capa, sin ser conocido de nadie. Sólo un criado le vió, al que impuso silencio con un signo espresivo.

La habitacion de Virgilio era una de las salas bajas con rejas al jardin, bastante retirada del pórtico y aislada de aquellos aposentos de uso diario en la casa. A ella se dirigió el jóven seguido del criado, al que mandó encender la chimenea inmediatamente, encargándole que nadie supiera en la casa su llegada.

El criado, encogiéndose de hombros ante lo que juzgaba un capricho de su señorito;

pero dispuesto á respetarle, salió á buscar leña y á poco brillaba en la chimenea un buen fuego que permitió á Virgilio secarse, pues especialmente la capa y el sombrero llegaron cubiertos de nieve. Con deliciosa fruicion vió el jóven arder los gruesos troncos de encina que inundaban de un agradable calor aquel aposento solitario y frio, porque no hallándose Virgilio en Villacierzo nadie le habitaba.

—Sírveme la comida en este velador,—dijo al criado.

—Y entonces cómo guardo el secreto?

—Tráeme cualquier cosa, aunque sea fiambre, con tal de que no digas en la cocina ni á nadie que estoy aquí,—repuso Virgilio cómodamente arrellanado en un sillon junto á la chimenea.

El criado salió á cumplir las órdenes de su amo.

—Aquí hay gato encerrado,—se dijo Virgilio para sí cuando quedó solo.—D. Juan me dice que es indispensable, precisa y urgente mi presencia en Villacierzo, y la carta fué escrita estando ya mi hermano aliviado de su dolencia: luego no es el peligro de este lo que le obliga á llamarme, ¿qué hay pues aquí? Lo veremos; por de pronto creo

conveniente ocultarme hasta que se despeje la incógnita.

El criado volvió con el servicio de mesa en una bandeja y lo estendió sobre el velador.

—Y ¿dices que mi hermano está mejor?—exclamó Virgilio, que ya anteriormente le habia hecho la misma pregunta.

—Si señor; yo mismo he servido á la mesa esta tarde y le he visto animado y contento, haciendo mil elogios del bálsamo maravilloso de D. Juan.

—¿Y ha comido bien?—preguntó Virgilio.

—Eso nó; únicamente sopa y un poco de gallina; pero ha permanecido en la mesa con todos y aun están allí tomando café.

—¿Y la señora?

—Esta dicen que está delicada; pero no la impide para salir: ahora está en paseo; desde la mesa mandó enganchar la berlina y se marchó con sus primas, que han comido aquí.

Virgilió se quedó pensativo y el criado salió, volviendo á poco con varios platos en una bandeja.

—¿Qué me traes?—dijo Virgilio incorporándose y acercando el velador á la chimenea.

—Sopa, una perdiz, una trucha, unas chuletas de cerdo y una empanada de ternera.

—Y ¿cómo has cogido todo esto sin que lo vea la cocinera?—preguntó Virgilio.

—Porque no hay nadie en la cocina; las criadas se han bajado á la huerta á coger las hortalizas para mañana, y aprovechando su ausencia he puesto en mi bandeja lo que me ha parecido mejor en la bien surtida despensa.

—¿Y si lo echan de ménos?

—Por hoy no hay cuidado, porque ya hemos comido todos, y para mañana Dios dirá, acaso se figuren que me lo he comido yo ó algun perro, y les dejaré en su error muy lindamente.

—Bien hombre, bien; eres un buen muchacho y estás haciendo méritos para ganar tu recompensa.

—Lo traigo todo junto para que no me vean entrar y salir en este cuarto, que ya van llegando los criados del campo y la señora no tardará tambien en venir, pues continúan cayendo gruesos copos y me temo que dentro de poco estén cubiertos los caminos.

—Déjalo todo y vete que yo me serviré. Cuida de avisarme cuando venga la señora;

pero que no sepa mi llegada, ¿entiendes?

—Descuide V., señorito;—dijo el criado poniendo una botella de vino sobre la mesa y dirijiéndose á la puerta.

—Oye; se me olvidaba una cosa.

El criado se volvió.

—¿Está D. Juan arriba?

—Sí señor; estos dias duerme y come en casa; todavia está en la mesa con los señores.

—Pues sube; llámale aparte y le dices en secreto que estoy aquí, pero á él solo.

—Está muy bien,—dijo el criado inclinándose y salió á cumplir su comision.

—Que cuento con tu discrecion, como tú con mi recompensa;—le dijo Virgilio intencionadamente cuando ya estaba en la puerta.

Una nueva cortesia y una sonrisa significativa sirvieron de contestacion á esta advertencia.

El criado salió, y Virgilio, al amor de la lumbre, continuó muy tranquilo devorando los manjares uno tras otro.

La inmensa curiosidad que sentia por saber á lo que era llamado, no le quitaba el apetito. Este es un privilegio de la juventud.

Cuando volvió el criado ya le encontró arrellanado en su butaca, fumando un

magnífico habano y figurándose deliciosas visiones en las espirales de azulado humo que exhalaban sus lábios.

De seguro veia á Clavellina, la candorosa niña que no se apartaba un momento de su imaginacion. En tropel corrian, como impelidas por ligeras nubes, las varias mujeres que habian hecho palpitar su corazon, y siempre en un fondo de diáfana blancura, se le aparecia la angélica y espiritual campesina con su inquebrantable candidez, revestida de aquel velo de inocencia, que no osaba traspasar su atrevido pensamiento, conteniéndose ante la virtud, la impetuosidad de su pasion amorosa.

—D. Juan me ha dado esta carta,—dijo el jóven criado presentándose de súbito á romper las ilusiones á que se entregaba su mente juvenil.

Virgilio se incorporó vivamente, y dejando el mundo de la fantasía por el de la prosáica realidad, la tomó exclamando:

—¡Hola! ¿y qué te ha dicho?

—Me ha repetido las mismas observaciones que V., recomendándome el mayor secreto sobre su llegada al castillo.

—Está bien; quita la mesa y puedes retirarte.

Virgilio acercándose al quinqué, que el criado habia puesto sobre la mesa, leyó lo siguiente:

«Importa mucho el mayor secreto sobre su llegada; por eso no bajo á verle en el instante; lo haré esta noche cuando todos duerman en casa. Sírvase V. esperarme y no se acueste.»

—Pues señor, me confirmo en mi opinion; aquí hay misterio y sigue sus trámites naturales. Veremos lo que resulta,—murmuró Virgilio, y envolviéndose en su capa, que habia estado secándose junto al fuego, fué á tenderse en un diván, creyendo muy sábiamente que era mejor esperar en posicion horizontal descansando de las fatigas del viaje, que no perpendicularmente dando tormento al espinazo.

El sueño le rendía, y aunque al principio procuró no dormirse, al fin salió triunfante la naturaleza en aquella lucha con la voluntad, y se entregó á los encantos de Morfeo como un bienaventurado.

Dieron las doce de la noche en el reloj de torre del castillo, las que no oyó Virgilio, á pesar de ser tan vibrante y sonora la campana que se oia en el silencio de la noche á una legua de distancia.

En la casa reinaba un silencio sepulcral; pero no todos dormian: D. Juan y Patricio velaban en el despacho de D. Javier, esperando la media noche.

Patricio se levantó para avivar el fuego de la chimenea que se iba estinguiendo y dijo á D. Juan, que estaba reclinado en un sillon con un libro en la mano:

—Acaban de dar las doce; ¿puedo ya avisar al señorito?

—Sí; pero teniendo antes la seguridad de que nadie ha de sorprendernos;—contestó el médico poniendo el libro sobre el mármol de la chimenea y levantándose.

—Voy á dar un vistazo á la alcoba del señor y á preparar allí mi cama, pues sólo por aquel lado tengo mis recelos, en tanto dejaremos que pasen unos instantes más para asegurar el éxito de nuestra empresa;—dijo el anciano criado.

D. Juan le contestó en voz baja:

—Es indudable que el asesino ha entrado por la puerta de la alcoba que comunica con las habitaciones de la señora. No hay más remedio, por allí ó por aquí.

—Por aquí estando nosotros no es posible: ni lo hemos visto, ni nadie hubiera tenido semejante atrevimiento,—dijo Patricio;

—y que la puerta estaba cerrada por dentro lo mismo, y no hay otra salida.

—Es verdad; yo me confundo y no sé qué pensar: hay sospechas absurdas.

—Pues yo no tendria inconveniente en indicar á los tribunales el nombre del asesino, sin temor de equivocarme;—repuso Patricio.

—Eso no se puede decir con seguridad, faltarán pruebas y la ley no admite como tales sospechas ilusorias. Además todos estamos sujetos á error;—exclamó D. Juan quedándose muy pensativo y permaneciendo, de pié con el codo apoyado en la chimenea.

Aquella fisonomía franca y animada, donde se dibujaba siempre una perpétua sonrisa, estaba séria y contraida.

Patricio exclamó con impetuosidad, más propia de la juventud que de sus canas:

—Pues yo lo juraria cien veces, D. Juan, si preciso fuera.—Y en la fisonomía del fiel criado, se marcó una espresion indecible de indignacion y de furor; sus ojos brillaban como relámpagos y un ligero temblor agitaba sus lábios.

—Quién sabe si algun criado, aprovechándose del sueño de Doña Inés, ha podido penetrar por allí, lo que es más fácil que

creerla culpable. Los pasos se apagarian en la mullida alfombra, y pudo el malvado penetrar á mansalva, sorprendiendo á todos en su primer sueño, para perpetrar su odioso crimen, vertiendo el veneno en el vaso de la leche.

—No hay nadie en el castillo capaz de atentar á la vida de mi amo; todos le quieren como á un padre.

D. Juan luchaba contra sus mismos sentimientos. En el fondo de su conciencia creia culpable á Inés, y procuraba motivos para disculparla; queria engañarse asímismo en su juicio, pareciéndole el colmo de la perversidad tan odioso delito, en una jóven de inmaculada reputacion y al abrigo de las sospechas de todos.

—¿Y por qué no ha de quererle ella tambien?—exclamó al cabo de un instante.—¿Qué motivos puede tener para odiarle hasta ese punto si no hay en el mundo un marido más bueno ni más generoso?

—¡Quién sabe! ¡misterios del corazon humano! Cosas de mujeres de historia que han pasado su juventud en intrigas de todo género;—murmuró Patricio.—¡Ah! yo le decia bien al señor: «¡no se case V. con esa mujer, es una coqueta, una farsante!» Empezó

con bailes y danzas, cuando vino aquí, que tenia revuelto á todo el pueblo, y luego de repente, por agradar sin duda á mi amo, se hizo mogigata, porque ha tenido siempre la debilidad de gustarle la devocion y la piedad; desde entonces yo, que vengo observándola con cuidado, he visto que la conducta de esta señora ha estado sujeta á mil contradicciones. Esto lo advertia yo sólo porque quiero á mi amo como si fuera mi hijo. Le he visto nacer, le he llevado en mis brazos desde pequeñito, y su madre al morir me dijo con un acento y una mirada que no olvidaré jamás: «Patricio, te recomiendo á mi hijo, no le abandones nunca.» Y no le abandoné; las recomendaciones de aquella santa señora eran sagradas para mí. Su marido no se conformaba con la viudez, contrayendo á los pocos años segundas nupcias con la madre del señorito Virgilio. Yo he cumplido religiosamente el encargo de aquella noble señora, no apartándome de su hijo; por consagrarme con más libertad á su servicio renuncié á las dulzuras de la vida conyugal; he permanecido soltero siendo, por decirlo así, el padre de mi querido amo. Velando por su felicidad le indiqué los peligros á que se esponia con su matrimonio; mas

nunca quiso escucharme. Estaba ciego, se enamoró como un loco de esa sirena que supo fascinarle con sus encantos y se casó con ella. ¿Ha sido feliz? No señor. Le he visto suspirar muchas veces, y he sorprendido en ella no sé qué maquiavélicas intenciones, porque no le ama, D. Juan, créalo V., más bien le aborrece. Finge amarle en público y en secreto le martiriza. Es hipócrita y artificiosa.

D. Juan se quedó muy pensativo, y Patricio suspiró profundamente y se dirigió hácia la alcoba, dejando á D. Juan muy preocupado por sus palabras en contra de Doña Inés.

El bondadoso médico, de ordinario tan alegre y festivo, estaba muy triste. Dejó de apoyarse en la chimenea, y, con las manos metidas en los bolsillos del pantalon, empezó á pasearse á lo largo de la espaciosa habitacion que servia de despacho á D. Javier, ó más bien de salon de recibo, porque escribia generalmente en un pequeño gabinete inmediato á su alcoba, que tenia comunicacion con su cuarto de vestir, pero cuya puerta principal estaba en el despacho grande.

Todas estas habitaciones estaban decoradas con esplendidez: alfombras de moqueta

cubrian los pavimentos de mármol y cortinajes de terciopelo encarnado en las puertas y ventanas, formaban juego con las magníficas sillerías de talla y los ricos armarios llenos de libros selectos y las mesas de palo santo.

Construidas con independencia para habitarlas el dueño de la casa, no tenian otra salida que la del despacho grande que iba á un antedespacho, y desde allí á la galería y á las habitaciones de Doña Inés, y la puerta de escape que unia las alcobas de los dos esposos.

Por lo tanto, la disposicion de estos aposentos hacía imposible que ninguna persona extraña pudiera penetrar en ellos de noche.

D. Juan reflexionaba sobre esto, sobre las oportunas advertencias del astuto Patricio, uniéndolo á la turbacion y desasosiego que habia sorprendido en Inés aquella mañana, y todo le impelía á participar de la opinion del viejo criado; y aun cuando quería dudar aún en el fondo de su conciencia, acusaba á la jóven del crímen que por fortuna pudo evitar entónces. Empero la mano aleve y desleal que atentó á la preciosa existencia del noble D. Javier, viendo ó creyendo que no se habia descubierto su infame propósi-

to, volvería al abrigo de la impunidad á intentarlo otra vez, y esto era lo que debia evitarse desenmascarando al culpable.

Esta era la preocupacion de D. Juan; él, por sí sólo, no podia obrar en tan delicado asunto, y llamó á Virgilio á fin de que tomase las disposiciones que creyera convenientes en tan grave asunto, asegurando la vida de su hermano.

Ni una palabra se atrevieron á decir á don Javier por su delicada salud, y temiendo los escesos de su extremado cariño á Inés.

Patricio, que desde antes de la boda miró á su nueva ama con prevencion y la estudió profundamente sin que nadie se apercibiera de sus observaciones, tenia más motivos que D. Juan para suponerla autora de aquella felonía.

El viejo criado volvió diciendo que su amo dormia muy tranquilo, y que la puerta de comunicacion con la alcoba de la señora estaba cerrada y no era fácil pudiera sorprenderlos; pues astuto y previsor en todo el buen Patricio, habia corrido el pestillo por la parte de acá, como obedeciendo á un acto casual.

—Ahora voy á llamar al señorito Virgilio;—dijo el criado.

Quitándose los zapatos para que no se oyeran las pisadas en las anchas losas de la galería, y encendiendo una vela de esperma que puso en un candelabro de plata, se deslizó blandamente como una sombra.

D. Juan le vió salir en silencio, y continuó sus paseos por el salon, con la cabeza baja y en actitud meditabunda.